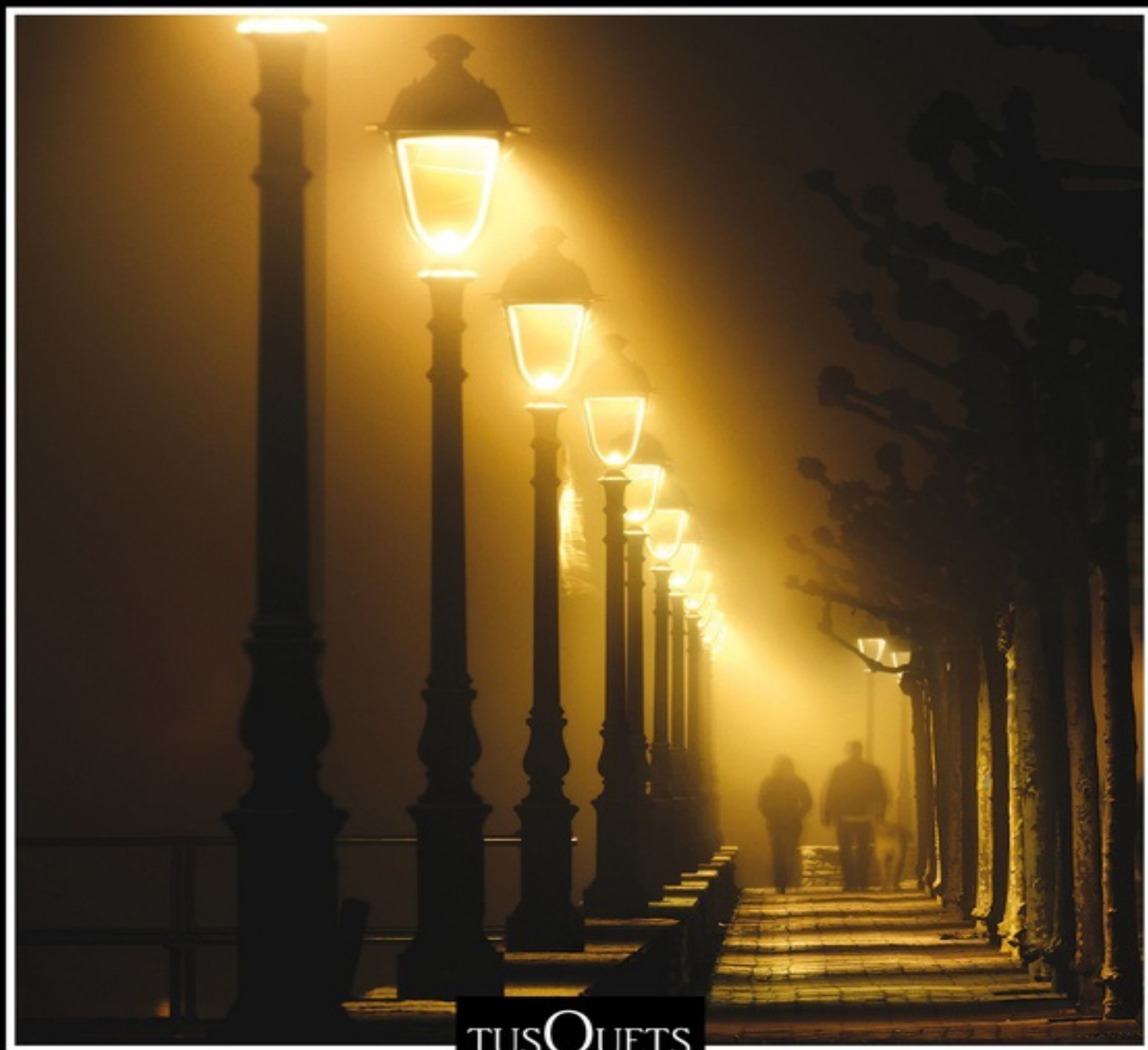


Edgardo Cozarinsky
EN EL ÚLTIMO TRAGO
NOS VAMOS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada

Portadilla

La otra vida

Grand Hôtel des Ruines

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

La dama de pique

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10

En el último trago nos vamos

Noches de tango

Insomnios

Tierra colorada

Little Odessa

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Siempre hay un trago después del último en las obras de Edgardo Cozarinsky, y aunque la canción lo anuncie nadie se va del todo. Los insomnes errantes encuentran un bar abierto donde los esperan historias inauditas. En Buenos Aires los muertos sobreviven en una precaria segunda vida; en la selva guaraní o en las ruinas de Angkor palpitan, invictos, los sacrificados. Y en un rincón de Brooklyn atiende una vidente que puede transformarse en la madre del incauto que se anima a consultarla. Como un caleidoscopio de todos sus registros narrativos, Cozarinsky explora las muchas dimensiones de lo imaginario, de la memoria afectiva y sus imprevistas confluencias, de distintos rostros del deseo. El resultado es un libro inquietante, donde la superficie de lo narrado se quiebra constantemente para revelar una realidad insospechada.

EN EL ÚLTIMO TRAGO NOS
VAMOS
EDGARDO COZARINSKY

TUSQUETS
EDITORES

La otra vida

Johnson anheló toda su vida ver un fantasma, pero no lo consiguió, aunque bajó a las criptas de las iglesias y golpeó los ataúdes. ¡Pobre Johnson! ¿Nunca miró las marejadas de vida humana que amaba tanto? ¿No se miró siquiera a sí mismo? Johnson era un fantasma, un fantasma auténtico; un millón de fantasmas lo codeaba en las calles de Londres.

CARLYLE, *Sartor Resartus*, III, 8

Pocos minutos después de ser atropellado por un Peugeot 3008, que prosiguió sin detenerse hacia la avenida Almirante Brown, Antonio Graziani se incorporó en medio de la calzada desierta de Paseo Colón y cruzó hacia Parque Lezama. No dudó siquiera un instante de que estaba muerto, pero esta certeza no le impidió respirar hondamente el aire ya fresco, esa brisa que alivia el calor a fines de una noche de diciembre. Aún no eran las cinco y ya empezaba a clarear con la primera, tímida luz del día.

No le llamó la atención la ausencia de heridas visibles, de todo dolor. Se sacudió someramente el polvo adherido a la ropa, pasó sin detenerse ante la iglesia ortodoxa de la calle Brasil, que tanto lo intrigaba en su infancia, y echó una mirada rápida a las persianas bajas del restaurante que en años recientes había frecuentado. Se dirigía al bar Británico, confiado en que estaría abierto, como solía, las veinticuatro horas. No se equivocaba. Dos mesas solamente estaban ocupadas y en una de ellas reconoció a Gustavo Trench, un amigo muerto dos años atrás.

—Antonio... No sabía... —Trench se mostró auténticamente sorprendido—. ¿Desde cuándo?

—Hace unos minutos. Me atropelló un auto cuando cruzaba Paseo Colón.

Una mujer sin edad salió de atrás de la barra y se acercó a ellos. Sus ojos se hundían en una intrincada red de arrugas, el maquillaje de colores vivos

parecía señalar el lugar que habían ocupado rasgos ya vencidos, el pelo se elevaba en una rígida composición color caoba. Sin una palabra, interrogó con la mirada a Antonio. Este señaló lo que bebía su amigo. La miró alejarse: le había parecido curiosamente ausente bajo la efusión de maquillaje y tintura, ahora le parecía casi transparente. Trench percibió su extrañeza.

—Ya pronto se va a borrar —informó—. Hace casi tres años que murió.

La mujer volvió con un vaso de fernet. Antonio bebió un trago, otro, y se quedó mirando el líquido oscuro donde flotaban dos cubitos de hielo; no dijo una palabra, pero Trench, de nuevo, creyó necesario explicar.

—Sí, tiene el mismo gusto. ¿Qué esperabas? —Tras un momento de silencio, continuó—. Vas a encontrar todo igual. Pero a los que no vas a encontrar es a los que todavía no cruzaron la línea. Solamente nos vas a ver a nosotros, en los mismos lugares, con la misma cara y la misma voz. A los otros no los vas a ver ni vas a poder comunicarte con ellos.

Antonio no respondió. Se sentía perplejo, menos por la existencia nueva que le iban descubriendo que por su falta de asombro, más aún: por su serena aceptación de lo que, minutos antes, lo hubiera llenado de miedo. Se quedó mirando a la mujer del bar, que parecía hacer unas cuentas en un cuaderno de tapas duras y cada tanto se llevaba a la boca un lápiz para mojar la punta con saliva.

Trench se sentía obligado a guiar los primeros pasos del amigo en territorio incógnito.

—Como te dije: tres años.

—¿Y después?

—No sé. Los que saben ya no pueden contar.

Había amanecido. Los amigos salieron a la calle. La brisa de fin de la noche no se había extinguido del todo con la salida del sol, aún agitaba levemente los follajes del parque y parecía invitarlos a una pausa. Se sentaron en un banco y permanecieron en silencio.

Así que es esto, pensó Antonio. Vio pasar a un chico que hacía rebotar una pelota contra las baldosas de la vereda y se quedó mirándolo alejarse,

acostumbrándose a la idea de que tampoco él estaba vivo. Más tarde esa extrañeza se fue gastando, se diluyó en una contemplación ociosa: observaba a una señora de cuya bolsa del mercado asomaban puerros y apios, a un hombre de traje y corbata que detuvo un taxi y subió a él. Sentía una confusa solidaridad con todos ellos, pero también ese sentimiento lo fue perdiendo a medida que el día se afianzaba.

Trench había vuelto a hablar y Antonio escuchaba, ya sin demasiada atención, sus explicaciones. La verdad es que no le importaba nada de lo que oía. Lo único que se había instalado en su atención, y desplazaba toda otra cosa, era el plazo de tres años que se abría ante él como duración de esta nueva vida, residuo engañoso de la anterior. Si no podría ver ni relacionarse con quienes aún vivían, ¿con quiénes se encontraría? ¿Quiénes habían muerto en los tres años anteriores? Ese límite le despertaba cierta curiosidad y también anunciaba súbitamente una libertad inesperada: lo eximía de proyectos y economías, le prometía una exploración, que se le aparecía rica en sorpresas, de la ciudad donde había vivido, ahora habitada por tantas existencias en suspenso, como la suya. Las precisiones y advertencias que Trench encadenaba, escuchando satisfecho sus propias palabras, le aburrían como esas novelas de ciencia ficción que creen necesario acumular detalles técnicos sobre cómo se articulan realidades paralelas en un mismo tiempo y espacio. Antonio había aceptado inmediatamente el carácter de la existencia que lo esperaba, del mismo modo en que había dado por sentada, sin patetismo, su nueva condición.

Una hora más tarde, ya visible el sol, el agobio de fin de año pesando sobre la ciudad, estaba apostado ante la puerta del edificio de departamentos de la calle Chacabuco donde había vivido hasta el día anterior. ¿Seguiría viviendo allí en su nueva existencia? No vio, por supuesto, al portero, que a esa hora debía estar baldeando la vereda; en cambio vio aparecer a la viuda del segundo piso: la habían encontrado sin vida varios días después de notar que ya no salía a la hora habitual, devota como era de la misa de ocho, la misma a la que sin duda se dirigía ahora, fiel, en su nueva existencia.

Subió al décimo piso. La llave del departamento abrió sin problemas la puerta; previsiblemente, según Trench le había explicado, no pudo ver a su

mujer ni a sus dos hijos, que deberían estar desayunando, ellos sin duda indiferentes, ella almacenando rencor ante esta nueva ausencia del marido. Pronto recibirían la noticia, deberían reconocer el cadáver en la morgue, celebrar alguna ceremonia fúnebre. Él, afortunadamente, no podría verla ni verlos. Prefirió no quedarse en ese espacio que de pronto sintió ajeno, un resumen de todo lo que, de un instante a otro, sin habérselo propuesto, había descartado de su vida. De todo lo que durante tres años no iba a pesarle. Tomó un libro al azar, cuentos de un autor ruso, y salió cuidando de no hacer ruido, aunque recordó que su familia no podría oírlo.

No estaba cansado a pesar de no haber dormido. Caminó hacia el centro de la ciudad, sin prestar ya atención a los transeúntes que pasaban a su lado, sin que estos tampoco se interesasen en él. Se detuvo en la esquina de 25 de Mayo y Sarmiento, ante un edificio cuyos pilares y bajorrelieves tenían la solidez sin alarde de tiempos pasados; a un lado de la entrada, en una placa de metal, estaba grabado el perfil de un hombre de cuyo gorro surgían alas: Mercurio.

Entró en ese espacio desconocido y se internó entre columnas de mármol y techos altos. Cantidad de hombres afiebrados y vociferantes, otros mudos y ensimismados, seguían las alzas y bajas en la cotización de acciones, las fluctuaciones en el cambio de divisas. Observó ese espectáculo como si se tratase de una representación teatral, hasta entender que efectivamente se trataba de una ficción. Esa agitación era vana: ni los valores ni las transacciones que la motivaban tenían lugar en un espacio real, y por real Antonio ya había empezado a entender el mundo de los vivos. Esos hombres obedecían a una disciplina, se entregaban al entusiasmo y la angustia de su existencia anterior. Acaso no pudiesen renunciar a los que habían sido sus gestos cotidianos y preferían ignorar que estaban discutiendo por valores que habían perecido en una catástrofe bursátil reciente, valores no menos muertos que ellos.

La verdad es que todo el espectáculo de la vida cotidiana que iba descubriendo le parecía contaminado de irrealidad, sobre todo porque sus actores respetaban la conducta que había tenido sentido en su existencia anterior: empleados bancarios que comían de pie un sándwich en un bar

atestado, personas de toda edad, silenciosas, absortas ante la pantalla de una PC en un locutorio, individuos de mirada esquiva que entregaban al transeúnte volantes de publicidad de algún «salón de masaje tailandés». Perplejo, impaciente, buscó refugio en el aire acondicionado de un cine; previsiblemente, no vio boletero ni acomodador, y en la sala solo unas pocas butacas ocupadas. El film, aunque incluía actores, era de animación, con efectos virtuales que buscaban asombrar, asustar, hacer reír. Al poco rato Antonio ya dormía.

Era de noche cuando volvió a la calle. Caminó sin rumbo, y cuando advirtió que sus pasos lo llevaban hacia la estación Retiro, prefirió evitar el espectáculo de la multitud que sin duda seguía deambulando como todas las noches en el hall central, ahora a la espera de un tren posiblemente menos lleno que los tomados en su vida anterior, si es que no buscaban matar una hora o dos en una sociabilidad anónima. Eligió subir por la pendiente de la calle Juncal y se detuvo al llegar a la esquina de un palacio. Un vaho acre, como el residuo de una mezcla de alcoholes, se alzaba de la vereda. Inclineda ante las rejas de hierro forjado, una chica vomitaba. Parecía no tener más de doce años.

Más adelante, en una cuadra poco iluminada, oyó gemidos que provenían de un zaguán. Se detuvo a una distancia que estimó prudente y la luz amarillenta del alumbrado público le permitió distinguir a la previsible pareja. La mujer se había bajado apenas unos centímetros el short blanco y respondía a la agitación del hombre con movimientos espasmódicos; de pronto, una mancha roja brotó entre sus piernas, su gemido se hizo más parecido al llanto, el hombre renovó su excitación y alcanzó casi inmediatamente el alivio de la descarga final.

Por la calzada avanzaba un grupo de cartoneros empujando una carretilla con el botín de la noche; pasaron sin detenerse ante el episodio que había distraído a Antonio. Ellos también prosiguen con su vida anterior, pensó, ya desinteresado del zaguán. Por qué yo no, se preguntó; acaso, como a cualquier recién llegado, todo me parece nuevo, aún no se me ha convertido en espectáculo cotidiano.

En ese momento se sintió cansado. Fue una sensación bienvenida. No iba

a volver al departamento de la calle Chacabuco, donde podría dormir sin ser molestado por esa familia que ya no podía ver ni podía verlo, pero el hecho de saberlos allí, presentes en una existencia para él inaccesible, los convertía en fantasmas. Se rio al pensar que, si pudieran intuir su presencia, para ellos sería él el fantasma. Caminó unas cuadras más, llegó a una plaza cuyas rejas no estaban cerradas con candado, eligió el banco más lejano de la calle y se acostó.

En el sueño lo esperaban, lejos de toda alucinación, dos percepciones que hubiese supuesto contradictorias: por un lado, la sensibilidad de su cuerpo a la rígida madera que, aunque no le impedía dormir, exigía a sus huesos frecuentes cambios de posición para que el sueño se instalara; por otro, el mismo sueño, donde vinieron a su encuentro muchos seres que aún no habían cruzado la línea, aquellos que en la vigilia ya no podía ver ni oír. Fue así como durante un par de horas creyó retomar la vida cotidiana que ya no podía ser suya.

Al despertar tuvo un breve momento de desazón al recordar su nuevo estado, pero muy pronto lo ganó la curiosidad que ya la noche anterior había guiado sus pasos. El día, sin embargo, lo decepcionó: las multitudes que cruzaba en la calle no ofrecían a la mirada ninguna diferencia con las que el día anterior había observado; tenía que repetirse un «están muertos», cada vez menos urgente, para intentar desentrañar en actitudes sin misterio un matiz que las distinguiese del más banal paisaje conocido. Y ningún hallazgo recompensaba su busca. El sol castigaba las veredas estrechas del centro. Sintió, no sin asombro, que la transpiración ya le pegaba la camisa al cuerpo. A mediodía comió en un sushi bar de la calle Reconquista; pagó con una tarjeta de crédito, y no le produjo demasiado asombro que fuese aceptada y le presentaran el talón que debía firmar.

Por la tarde, el agobio del verano ya no parecía venir del cielo sino de las calzadas, como si hubiesen guardado, y ahora devolvieran, el calor acumulado desde la mañana. Intentó de nuevo buscar refugio en el aire acondicionado de un cine. En la pantalla desfilaban piratas, abordajes,

monstruos marinos y otros residuos de aventuras que alguna vez fueron ingenuas; ahora, el exceso de efectos especiales las volvía aparatosas, anodinas. Esta vez el sueño no acudió. Sin demasiada curiosidad paseó la mirada por la platea, menos desierta que la tarde anterior; sentada tres filas más adelante, le pareció reconocer a una mujer con la que había compartido un fin de semana en la costa atlántica, en un verano de su juventud.

Cambió de asiento, pasó una fila más adelante, se colocó en posición diagonal hacia el perfil de esa mujer que no se distraía de la pantalla. Ahora estuvo seguro: era ella, aunque el nombre rehusaba acudir a su memoria. Volvió a avanzar, esta vez se sentó en la misma fila, a dos butacas de distancia, y le clavó los ojos con la esperanza de que esa insistencia la obligase a devolverle la mirada; así ocurrió, pocos minutos más tarde. Sí, era ella. Los años no habían desfigurado el rostro recordado, a lo sumo habían acentuado los rasgos, aunque posiblemente se tratase solo de una impresión debida a la penumbra intermitente, a la luz vacilante que llegaba de la pantalla, acaso al maquillaje. Hacía veinte años que no la veía... ¿Cuándo había muerto?

Después de la primera mirada, fugaz, y de un esbozo de sonrisa, la mujer volvió a concentrarse en la pantalla. Molesto por esa indiferencia, Antonio pasó a sentarse al lado de la mujer; de pronto, había recuperado su nombre, y no iba a retirarse, ofendido por su silencio.

—Laura. Sos Laura, no me digas que no.

Ella respondió sin quitar los ojos de la pantalla.

—Sí, soy Laura, y vos sos Antonio. Esperaba encontrarme con vos en algún momento. En el diario de esta mañana está la noticia del accidente. ¿A quién se le ocurre cruzar Paseo Colón a las cuatro de la mañana, en una esquina con semáforos rotos? Sobre todo si, como supongo, habías estado bebiendo...

Esas palabras dichas al desgano, el tono apenas irónico, la mirada que no se desviaba de la pantalla lo irritaron. Sin una palabra, se levantó y salió del cine. No había caminado media cuadra cuando oyó que lo llamaban por su nombre; le pareció reconocer la voz de Laura. Era ella. Venía por la vereda, sin prisa, y Antonio pudo verla mejor que en el cine. Lo primero que le llamó

la atención fue la túnica color turquesa: le pareció un sari de la India, con una amplia pieza de tela echada sobre un hombro. Vieja hippie, pensó, y no pudo evitar un dejo de ternura. La cara, sí, era la de Laura, evidentemente restaurada pero sin los excesos habituales de la cirugía cosmética. Solo cuando la tuvo cerca advirtió que el sari, que parecía ocultar el brazo izquierdo, en realidad permitía disimular su ausencia.

Le preguntó cuándo había llegado, no encontró mejor manera de decirlo, «entre nosotros»; al oír el eufemismo ella se rio y respondió con un vago «hace mucho». Antonio pronto descubrió que no tenían demasiado de que hablar; evitaba, con los ojos y la palabra, la amputación que parecía atraer irresistiblemente su mirada. Laura advirtió esa incomodidad y sin abandonar una sonrisa casi burlona respondió tardíamente.

Hace diez años que llegué.

Horas más tarde, lado a lado en la cama, Antonio hacía un recuento de diferencias y coincidencias a través de los años. Tuvo que admitir que la ausencia del brazo izquierdo había suscitado en él una curiosidad que podía confundirse con excitación: en más de un momento, se dejó ir a acariciar ese hombro apenas prolongado en un muñón. Apenas hubo terminado de (la expresión ahora le parecía irónica) «hacer el amor», Laura no había corrido hacia el baño como solía hacer en sus encuentros juveniles, aunque Antonio no recordaba si en tiempos de aquel fin de semana en la playa existía la píldora llamada del día siguiente. El acto mismo le pareció mecánico, el brazo derecho de Laura lo estrechaba con fuerza inesperada, las uñas clavadas en su espalda, los movimientos espasmódicos de pelvis, expresaban menos ardor que aplicación, una entrega demasiado parecida a la gimnasia. Actúa, pensó, como una actriz cansada en la segunda temporada de una obra que ya no le permite inventar variaciones.

De estas reflexiones lo sacó el ruido de la puerta del departamento al abrirse. La abría alguien que tenía la llave. Se incorporó en la cama. Laura no se inquietó. En el vano de la puerta apareció un hombre que le pareció más o menos de su misma edad, llevaba el pelo crespo, largo y ralo recogido en la

nuca con una gomita, un aro brillaba en su oreja izquierda; buena pareja, pensó Antonio, para una vieja hippie... Luego advirtió que el hombre vestía ropa de jogging y la pierna derecha del pantalón estaba doblada a la altura de la rodilla, allí donde la extremidad se cortaba.

—Un recién llegado, si no me equivoco... —El desconocido sonreía afable, sin inmutarse ante la pareja desnuda que tenía enfrente; no esperó respuesta y se retiró murmurando—: Voy a hacer café.

El café instantáneo resultó inesperadamente potable. Sentados ante una mesa de cocina, la conversación fue menos difícil de lo que Antonio hubiese esperado. Reconoció olor a pis de gato, que no había notado al llegar; también las manchas de humedad en el techo, los pósters de Soda Stereo, alguna proclama enmarcada de una militancia difunta. Él se había vestido, ella apareció cubierta con una bata. El desconocido se presentó como el marido de Laura, «más bien, fui el marido», se corrigió con una sonrisa que no pareció forzada; luego agregó que había «llegado» pocas horas antes que su mujer, ambos por obra del mismo accidente automovilístico, diez años atrás. Tenía el brazo izquierdo cubierto por tatuajes, figuras o arabescos que Antonio no intentó descifrar. En una jaula hacía acrobacias un canario enérgico y muy audible. Se preguntó si también el pájaro estaba muerto; el plumaje brillaba sin huellas de herida alguna.

—Diez años... —Antonio se atrevió a abordar el tema postergado durante su contacto con la mujer—. Tenía entendido que solo tenemos un plazo de tres...

El desconocido pareció sorprendido. Se dirigió a Laura.

—¿No le explicaste?

No, Laura no le había explicado, y ahora Antonio escuchó de su marido la existencia de una organización, aunque él no usó esa palabra y se refirió vagamente a contactos, relaciones, influencias. Era posible, dijo, postergar de manera indefinida el limbo de tres años y no borrarse gradual, definitivamente al término de ese plazo; para lograrlo era necesario sacrificar una parte del cuerpo. Antonio, recién llegado, podía tener confianza en la seriedad del acuerdo, tal vez se tratase de no más de una mano, nunca de los ojos; de la importancia de la amputación dependía la prórroga concedida y la

seriedad del contrato se había demostrado irreprochable. Laura y su marido no le pedían una decisión inmediata, cuando él hubiese «madurado su elección» lo pondrían en contacto con «los responsables».

Antonio se despidió de ellos con la promesa de pensarlo: un escrúpulo ridículo le impidió revelar la impaciencia por cancelarlos de su vista, la brusquedad con que hubiese querido demostrarles su rechazo: curioso, pensó, cómo subsiste cierta formalidad en los modales, sin sentido ya en la nueva existencia. Una vez en la calle, alejándose lo más rápido posible de ese lugar, de esa gente, sintió que una angustia indefinida se instalaba en él, crecía, lo dominaba. ¿Qué era este residuo de vida en que había dado los primeros pasos? Poco más de una hora atrás se había dejado llevar a una relación sexual casi sin deseo, o con el recuerdo del deseo que en su juventud había sentido por esa mujer hoy trabajada por la cirugía cosmética, amputada en un grotesco afán de supervivencia. ¿Acaso esa locura, lo que ahora le parecía locura, estaría esperándolo también a él cuando se acercase el plazo? Por el contrario, ¿sería posible abreviar su estada en este limbo que, a medida que se agotaba la curiosidad inicial, empezaba a resultarle patético?

Caminaba cada vez más rápido y al volver una esquina se encontró en la plaza Dorrego con su pobre mercado de pulgas, puestos de trastos y residuos ofrecidos como antigüedades. A Antonio la nostalgia siempre le había inspirado rechazo; para quienes la cultivaban, comprobó, sus reflejos no se extinguían con la muerte. Un amigo, aficionado a las partituras de canciones viejas y a las fotografías de películas mudas, había diagnosticado que esa hostilidad de Antonio era consecuencia de haberse topado en una pila de papeles «antiguos» con varios cuadernos suyos de la escuela primaria, cuadernos que, estaba seguro, había consignado al tacho de basura años atrás...

Un extremo de la plaza había sido reservado como pista de baile, rescatado de las mesas de bar que la ocupaban desde que el turismo invadió el barrio. Algunas parejas mayores bailaban tangos al compás de un equipo de estéreo inesperadamente reciente; lo hacían con aplomo; las mujeres vestidas y calzadas con una idea precisa, no siempre feliz, del mundo imaginario del tango; los hombres sin que les importase el desaliño

doméstico, como si hubiesen pasado de mirar televisión a acompañar a sus damas en ese ejercicio tradicional. Antonio vio acercarse, curioso, a un hombre joven que empuñaba un par de muletas y no pudo sino pensar que era uno de los que habían aceptado la negociación propuesta por Laura y su marido; a partir de ese momento recorrió con la mirada toda la plaza y sus paseantes a la espera de detectar el muñón, la prótesis delatora.

Esa noche no soñó con esos rastros de amputaciones negociadas. Tampoco con su familia ni con otras personas que ahora, en la vigilia, estaban prohibidas a su mirada. Al despertar intentó recordar su sueño; durante una fracción de segundo algunas imágenes permanecieron en su memoria solo para escurrirse, como arena entre los dedos, al intentar grabarlas, hallarles una continuidad, alguna peripecia.

Había adquirido, eso sí, cierta soltura en su comercio con la vida nueva: para dormir, no vaciló en elegir el hotel de una cadena internacional, cercano a la Plaza de Mayo, y en él una habitación amplia que acaso estuviera ocupada en la otra, inaccesible realidad; no percibió ningún indicio de una presencia, tampoco cuando fue al baño y tomó una ducha sin que el ruido del agua despertase al invisible ocupante. Algo, sin embargo, llamó su atención: en una repisa, bajo el espejo, había hojitas de afeitarse. La habitación, por lo tanto, estaba ocupada por un hombre. En el botiquín halló espuma de afeitarse. Se miró en el espejo y decidió que le vendría bien aprovechar ese hallazgo. Envalentonado, al salir del baño abrió el placar, encontró camisas, ropa interior y soquetes limpios. Con la certeza de que el ocupante no advertiría su ausencia, tomó lo que, entendía, era un doble de cada una de esas prendas y guardó todo en un bolso que halló en el mismo placar. La vida nueva, se dijo por primera vez, con un asomo de satisfacción, tenía sus ventajas.

Al bajar se le ocurrió intentar un desayuno. Tuvo éxito. Tostadas, queso blanco, jugo de pomelo, huevos revueltos: recorrió el buffet sin prisa. Una sola persona era visible para él: una señora muy mayor, que se servía una y otra vez, regularmente, con un apetito inesperado para su edad. En algún momento sus miradas se cruzaron e intercambiaron un saludo mudo, una

sonrisa fraterna.

Pero aun la picaresca agota rápido su encanto canallesco. Al salir a la calle lo sorprendió la lluvia, uno de esos enérgicos chaparrones de verano frecuentes en Buenos Aires: duran poco pero castigan fuerte, desbordan alcantarillas y desagües, inundan calles sin distinguir entre barrios humildes y residenciales, derriban algún vetusto poste de alumbrado y electrocutan a un transeúnte incauto; al rato deponen su furia, despejan el cielo que se descubre de un azul purísimo, ya no turbio, regalan una ilusión de fresco que irá desvaneciéndose con el recuperado bochorno de la estación.

De pie ante la puerta del hotel, Antonio esperaba ese alivio y se sorprendió pensando que era la primera vez que en su nuevo estado esperaba algo. Esperar: era lo propio de su existencia anterior, algo que la nueva había desterrado. Ya todo había sucedido. Minutos más tarde la lluvia fue haciéndose menos violenta, finalmente cesó y él se alejó de ese hotel donde se había distraído como un personaje en una representación improvisada. Ahora solo podía dejar pasar los días, sin impaciencia ni temor, con una única certeza, la del plazo que le estaba otorgado. Era, de algún modo, un consuelo, melancólico, humilde.

Pero también una promesa de tedio, de un incalculable vacío. ¿Con qué llenar los días? Pensó en Trench, a quien no deseaba particularmente volver a ver, y pensó que no debía ser el único amigo que podía encontrar. ¿Dónde? No en la editorial donde había trabajado, decidió de inmediato. La vida familiar, el malhumor de su esposa, lo habían alejado del grupo de amigos de sus años jóvenes con quienes solía reunirse en un café de la calle Moreno. ¿Alguno de ellos estaría allí, fiel a las costumbres de la existencia anterior?

Se dirigió sin entusiasmo hacia esa promesa de compañía, pero ya antes de llegar lo ganó el desánimo. No, no tenía ganas de encontrarse con ellos, de enterarse de la fecha en que habían «cruzado la línea», de comparar cuánto le quedaba a uno, a otro... Se le ocurrió la posibilidad de no esperar pacientemente que se cumpliera el plazo. Ya había decidido no postergarlo, no recurrir a esa logia tal vez clandestina que proponía servicios quirúrgicos. Ahora solo deseaba abreviar el plazo. Volvió a la esquina de Paseo Colón, al semáforo roto donde había empezado su existencia póstuma, donde la

verdadera había terminado. Era difícil reconocer el escenario a esa hora matutina. El tráfico no prometía peligro; sin embargo, pensó, si calculaba bien el momento, elegía por velocidad y peso el vehículo, tal vez algún camión que transportara containers del puerto vecino, sobre todo si dominaba sus reflejos, podía provocar un segundo accidente que revirtiese las consecuencias del primero.

Fue entonces cuando lo sorprendió el olor. Lo traía la brisa desde un edificio cercano, una fábrica de bizcochos y galletitas cerrada años atrás. ¿Era posible que hubiese quedado impregnado en las paredes del viejo edificio, tan fuerte como para llegarle a varias cuerdas de distancia? Para Antonio no venía de un espacio físico sino de un tiempo pasado, distante.

Volvió a ver la lata de grandes dimensiones, o que habían parecido grandes a un niño: un paralelepípedo de metal esmaltado de color naranja, con letras de curvas caprichosas, que él aún no sabía llamar *art nouveau*. Se abría por su parte superior; en ella era necesario levantar una tapa circular, del mismo metal, introduciendo un dedo en su borde respingado. Ese olor, un perfume que ningún otro había sabido borrar en los años vividos, anunciaba el sabor de los bizcochos crujientes, que se deshacían en migas que él recogía en la palma de la mano y llevaba a la boca, aspirando minuciosamente hasta que solo quedaba la posibilidad de lamer la mano a la que se había adherido un fino polvo dorado.

Pero ya no existían esos bizcochos. La empresa familiar que un siglo atrás los había creado había sido vendida, primero a capitales locales que nada entendían del tema, luego a lo que se anunciaba como una «multinacional agroalimenticia»; en ambas etapas se había intentado «adaptar los bizcochos al gusto actual», tal vez en realidad abaratar su fabricación, y en ese proceso habían ido perdiendo el gusto, su perfume, finalmente habían desaparecido del mercado.

¿De dónde podía llegarle, tantos años más tarde, ese olor? No podía estar aún impregnado en las paredes de la antigua fábrica, transformada pocos años antes en *shopping mall*... Acaso los perfumes, no menos que las personas, tuvieran una frágil supervivencia y solo Antonio, y quienes como él fueran huéspedes temporarios del limbo que ahora habitaba, pudiesen percibirlo.

Cuando sacudía la lata, el niño que Antonio había sido podía oír si aún quedaban bizcochos, golpeándose contra las paredes de metal, y si eran pocos tenía que introducir la mano hasta el fondo para rescatar alguno. Uno de estos días te vas a caer dentro de la lata, le decía su madre. Y a menudo pensaba cómo sería vivir dentro de esa lata. Primero iba a ser necesario hacerse muy chico, sostenerse con las manos del borde de la apertura para luego dejarse caer. No sería un problema: la abuela, que era bruja, le había confiado en un susurro que basta con desear algo con muchas ganas para lograrlo...

Pero era necesario, Antonio estaba seguro, un gran esfuerzo. Las muchas ganas debían traducirse en alguna fórmula mágica, en algún ejercicio muscular o de respiración, en alguna forma, que él no conocía, de concentrar y orientar la voluntad. No bastaba con cerrar los ojos y apretar los dientes e intentar borrar de la mente todas esas imágenes no deseadas que la invadían cuando lo único que él buscaba era no pensar.

De pronto, sintió una vibración nueva en su cuerpo, un latido que no reconocía; abrió los ojos y descubrió la penumbra que minutos antes había imaginado.

En su nuevo tamaño, no más grande que una de sus manos, a Antonio los bizcochos le resultaban enormes, tenía que romper una punta para llevarse a la boca un pedazo, o mordisquearlos, como en los dibujos animados había visto que hacía un ratón con un pedazo de queso; al mismo tiempo, tenía la ventaja de que duraban más para su gula...

De noche iba a poder dormir sobre uno de ellos, respirando ese olor que le gustaba tanto como el sabor.

De pronto, alguien que no sabía que él estaba en el fondo, al ver que la lata había quedado abierta, colocó la tapa y la cerró con una presión fuerte. El interior quedó en una oscuridad total, el perfume se hizo más intenso aún y Antonio se durmió feliz. Pero los sueños pueden acechar aun al más inocente con peligros emboscados, fantasmas que ningún exorcismo aplaca. Esa criatura diminuta se soñó cargada de años y recuerdos. Se vio adulto, de pie en una esquina de Buenos Aires, detenido en medio de transeúntes apurados,

con la expresión de quien percibe en el aire el anuncio de una tormenta cercana, ese olor a tierra mojada que aun lejos del campo surge en medio del calor del verano con promesas de violencia y alivio.

Ese hombre tiene cincuenta años y lo domina un miedo indefinido, menos el de una amenaza que el de una certeza, la de saberse preso en una existencia de la que desea escapar. Se sabe muerto y sabe muertos a todos a quienes se cruza, así como sabe que en ese mismo momento, en ese mismo lugar, lo rodean, invisibles, inabordables, cientos de vivos. El niño, esa criatura minúscula que lo está soñando intenta despertarse, pero aún no conoce la fórmula que con los años le prestará ayuda («esto no puede ser real, tiene que ser un sueño y lo voy a destruir, me voy a despertar») y es así como en la protección tan deseada del fondo de esa lata de bizcochos, que lo ha arrullado con su olor, descubre todo el horror de una edad que desconoce.

Es todo lo que supo. Había caído en la oscuridad. Y en el momento mismo en que lo supo, dejó de saber.

JACK LONDON, *Martin Eden*

Grand Hôtel des Ruines

Esta historia no tiene argumento, a menos que su argumento sea la Historia.

Es apenas la huella de un encuentro fortuito, de una coincidencia, una chispa provocada por el roce efímero de dos superficies disímiles.

Acaso el pasado de las figuras que la encarnan pueda sugerir una ficción.

El Mekong nace en China, en la provincia de Yunnan. En su descenso cruza Myanmar (que antes se llamaba Birmania), dibuja la frontera entre Tailandia y Laos, entra en Camboya y allí se abre en innumerables brazos para formar un delta en Vietnam. El río es navegable a partir de Savannakhet, en Laos. A partir de Camboya, en las proximidades de Phnom Penh, se inician sus ramificaciones, y van creciendo al entrar en territorio de Vietnam.

En Camboya las aguas del Mekong conocen una particularidad única: su corriente cambia de dirección. La planicie camboyana permite que sea el nivel del agua lo que determina el sentido de la corriente. Al llegar a Phnom Penh el río encuentra en su orilla derecha otro río que es también un conjunto de lagos: el Tonlé Sap. Cuando baja el nivel de las aguas del Mekong, las del Tonlé Sap se comportan como un afluente. Al llegar la estación en que crece el volumen del Mekong la corriente invierte su sentido: son sus aguas las que fluyen hacia el Tonlé Sap, triplicando las dimensiones del lago. A principios de la primavera, la inundación se reduce y el lago recobra su tamaño normal.

Los antiguos Khmer creían que el Mekong fluía tanto hacia sus fuentes como hacia su desembocadura en el mar. El día en que bajaba el nivel de las aguas, el rey tomaba una embarcación y cortaba una cinta tendida entre ambas orillas. Sus súbditos se internaban a pie en el agua para atrapar peces con las manos.

La iba a recordar como la vio por primera vez: sentada en una piedra a la entrada de un templo invadido por raíces gigantescas, por lianas y follaje. El moho y los líquenes habían trabajado las cabezas de Buda, los párpados cerrados, la sonrisa casi imperceptible. Pero a ella nada de esto parecía interesarle.

A él le llamó la atención que estuviera sola, sin uno de los inevitables, locuaces, políglotas guías rondando alrededor; sobre todo que no tuviera en las manos una guía turística. La verdad es que la mirada de la mujer no parecía observar el templo ni estudiar los bajorrelieves. Acaso no los viese, perdida en sus pensamientos.

Su pelo claro se volvía luminoso en el último sol de la tarde. Él le calculó unos sesenta años. Estaba vestida con esa sencillez intemporal que —su comercio con otras mujeres maduras se lo había enseñado— suele ser más costosa que cualquier moda. Vaciló un instante y finalmente decidió no abordarla. ¿Con qué pretexto le hubiese hablado? ¿Por el simple hecho de ser dos europeos? (Para los nativos toda persona blanca era europea, aunque hubiese nacido, como él, en el extremo sur del continente americano.) No parecía estar perdida, tampoco cansada; sentada allí, serena, sin inquietud, muy probablemente no desease conversación.

Esteban entendió muy pronto que hoteles, bares y comercios, todo el incesante ajetreo de Siem Reap solo existe porque a cinco kilómetros se elevan las ruinas de Angkor Wat, elección reciente del turismo menos banal. Y se le ocurrió entretener su ocio visitándolas.

Un guía le explica que se trata de un solo templo gigantesco, aunque el visitante crea internarse en un laberinto de restos de muchos edificios construidos para un destino incógnito. Esas ruinas, se entera, habían sido galerías, recámaras y bibliotecas que rodeaban y protegían el centro sagrado de un templo también pensado como mausoleo para un rey khmer del siglo XII.

Ese templo, como el reino, pasó sin conflicto del hinduismo al budismo e incorporó figuras y leyendas de su primera devoción a los bajorrelieves de Angkor. El guía señala a Esteban, al lado de budas agraciados por una sonrisa evanescente («los exploradores franceses la bautizaron sonrisa khmer»), episodios, que el visitante no hubiera reconocido, del *Ramayana* y el *Mahabharata*, efigies de Vishnu, guerreros montados en elefantes, devatas y apsaras.

Más emprendedores que los portugueses, que en el siglo XVI se limitaron al asombro y la reverencia —ironiza el guía—, los franceses iban a hacer de

Angkor Wat objeto de arqueología y filología: en París se creó a principios del siglo XX una École française d'Extrême-Orient. Camboya había sido incorporada a un imperio colonial hoy difunto, era parte de la Indochina francesa, y recibió la visita de escritores —opina el guía— «de muy distinto pelaje»: Pierre Loti y Paul Claudel hicieron el peregrinaje a esas ruinas prestigiosas. Otros, los muy jóvenes André Malraux y su esposa Clara, intentaron sustraer algunos bajorrelieves y esculturas, prometidos a un *marchand* de Nueva York; terminaron su aventura sin gloria, ella expulsada, él en breve cárcel pero con un rédito inesperado: el material para una primera novela de éxito.

Esteban se pierde entre estas referencias y fechas que no le dicen mucho. Pero le hace gracia que la posada donde eligió parar, y hoy tiene otro nombre, fue en 1937 el primer hotel de Siem Reap. Lo crearon franceses, con un sentido de la publicidad hoy difícil de compartir: lo llamaron Grand Hôtel des Ruines.

Tres noches antes, Esteban se estudiaba en el espejo de un baño de hotel.

Trataba de verse como otros podían verlo. Como si esa imagen fuera la de un desconocido que se cruzase con él en el gimnasio o en un bar de hotel. O como podían verlo esas mujeres mayores cuyo interés cultivaba.

Llegó a la conclusión de que no podía desperdiciar con cualquiera que se le cruzara los años restantes de buen físico y energía viril. Momentos antes se había deslizado de un lecho compartido, cuidando de no despertar a una sueca vencida por el alcohol y los somníferos. Algo inesperado había intervenido en su vida: una suma considerable ganada en el casino de Macao. Ahora podía permitirse desdeñar un destino turístico poco distinguido, una protectora que revisaba minuciosamente la cuenta del restaurante.

Estaba habituado a decisiones rápidas. Las de esa noche iba a recordarlas como el montaje entrecortado de un film de aventuras barato. El cuarto estaba pagado de antemano, el conserje nocturno no iba a inmutarse si lo veía salir con un bolso de mano y tomar el primer taxi de la fila que esperaba a la entrada del hotel. No pensó en llevarse joyas o tarjetas de crédito: hubiese sido algo por debajo de su línea de conducta; aunque la tentación lo asaltó, supo que podían delatar su itinerario. La suma ganada en Macao, en cambio, le permitía una desenvoltura anónima.

En el aeropuerto eligió el primer vuelo del día. El destino era Siem Reap,

en Camboya, y le aseguraron que la visa se obtenía en el aeropuerto de llegada. Le llamó la atención que a un destino de provincia llegaran desde Tailandia vuelos frecuentes: ignoraba aún que esa ciudad servía de base a los visitantes, cada año más numerosos, que acuden a Angkor Wat.

En el avión cerró los ojos y vio desfilar las peripecias de ese montaje cinematográfico; al abrir los párpados cuando anunciaron el aterrizaje, ya las había olvidado.

No sabía que estaba en el umbral de una vida nueva.

Un atardecer ella decidió volver al mercado viejo de Siem Reap. Cuarenta años atrás, su curiosidad, más fuerte que el asco de otros europeos, le había permitido probar sin disgusto grillos y tarántulas fritas, hormigas marinadas, el pez serpiente; le divertía comerlos como aperitivo delante de los visitantes que llevaba de paseo por el mercado, antes de que el cocinero de la embajada les sirviera una esmerada, casi siempre insulsa imitación de comida europea. Hoy reconocía con una sonrisa esos manjares que le habían permitido aquella provocación: le hablaban menos de una cultura exótica que de la mujer joven, intrépida, insolente, que había sido.

Se detuvo ante un puesto de frutas. La tentaron los rambutanes, su piel de un rojo intenso, cubierta con lo que le habían parecido agujas amarillas hasta que las descubrió suaves al tacto, como el pelaje de un gato. Ahora se preguntaba si su estómago, domado por la edad y una larga ausencia del país, sería capaz de volver a gustarlos, si se animaría a la pitaya, que había aprendido a llamar fruta-dragón, con su piel fucsia asomando entre espinas verdes, cactáceas, disuasivas, y la entraña llena de minúsculas semillas, como la fruta de la pasión.

De pronto sintió que el calor había aumentado, o que estaba afiebrada; años atrás esos accesos de temperatura le habían anunciado la menopausia. Acaso fuera un efecto de los olores penetrantes a los que se había

desacostumbrado. Se sorprendió recordando nombres que no había pronunciado durante décadas: kreung, una mezcla de especias machacadas; prahoc, la pasta de pescado capaz de dominar cualquier otro sabor. Cerró los ojos. En el calor húmedo de la tarde esos olores se habían vuelto amenazantes. Su respiración se hizo más débil.

La mujer que atendía un puesto de comida se le acercó y la tomó del brazo sin que una sonrisa acompañara ese gesto amistoso. Ella se dejó llevar a la trastienda. La mujer le señaló un lecho, más bien un jergón cubierto por una manta de colores. Ella se acostó sin decir una palabra, obedeciendo como no lo hacía desde la infancia. La mujer mojó un paño en un cuenco lleno de agua y flores y se lo puso en la frente. Inmediatamente se sintió aliviada: por la frescura, por un perfume que no era de jazmines pero le recordaba la casa donde había sido niña. Al rato ya dormía.

Era de noche cuando despertó. La mujer estaba sentada en una silla de bambú, no lejos del lecho, y se abanicaba con unas hojas de palma atadas entre sí. Al ver que ella había abierto los ojos, se acercó y movió suavemente ese atado de hojas sobre su cara. El olor fresco, vegetal, postergó durante unos segundos los otros olores, los que la habían atacado.

De pronto se le cruzó la idea de que esa hospitalidad silenciosa encubría un robo. Extendió una mano y comprobó que su bolso seguía a su lado, que en su muñeca no faltaba una delgada pulsera de plata. Ese súbito movimiento no pasó inadvertido para la mujer, que se echó a reír, una risa gutural, áspera, que parecía grabada en un disco viejo. Ella la miró avergonzada y esbozó una sonrisa.

Fue en ese momento que empezó a hablar, mezclando francés y español, sin saber si la mujer podía entenderla; la escuchaba, sin embargo, con una mirada atenta y una vez borrada la risa guardó una sonrisa amistosa, que a ella le pareció comprensiva.

—Hace muchos años viví en Phnom Penh. Era la mujer de un embajador.

No sabía muy bien qué era lo que quería contar pero siguió hablando desordenadamente. La mujer la escuchaba en silencio, no decía una palabra, tampoco había hablado antes, ni siquiera un murmullo; a ella se le ocurrió que podía ser muda. Lejos de disuadirla esto la animó a continuar.

—Era una vida artificial. En fin, la vida de todos los ricos es artificial. Teníamos sirvientes, muchos sirvientes. Mi preferido era Rithy, un chico de catorce años. Le gustaba leer, estudiaba inglés y francés, yo le prestaba mis libros. Pero tenía mala vista y se cansaba muy pronto. Lo llevé al oftalmólogo que atendía al servicio diplomático, le hicieron unos lentes con los que podía leer horas sin cansarse. No sabía qué hacer para agradecermelo, me seguía todo el día, esperando que le encargase algún mandado, que le pidiese algo...

Hizo una pausa, como si los recuerdos la llevaran más allá de las palabras. Cuando volvió a hablar, lo hizo con un tono más pausado. La mujer la escuchaba con un leve movimiento de cabeza, que podía ser un asentimiento mudo.

—En aquellos años le oía hablar a mi marido de los bombardeos norteamericanos en el norte, donde había bases de entrenamiento de los Vietcong. Pero era como si escuchara en la televisión noticias de un país lejano... Sabía que había una guerra al lado, en Vietnam, una guerra interminable, primero para echar a los franceses, luego por la ocupación norteamericana que quería impedir el avance de los comunistas. Pero nada de eso me impedía seguir con la vida cotidiana... Como a todo el mundo. Algún día tendríamos que partir, lo sabía, pero no imaginaba que sería en un avión de rescate, dejando atrás todo lo que había sido nuestra vida aquí...

Una nueva pausa. Buscó la mirada de la mujer. Le pareció comprensiva, aunque acaso no fuera más que su propio deseo de comprensión lo que leía en ese rostro callado.

—Una mañana vi llegar una ambulancia al hospital central, bajaron en una camilla a un hombre quemado, o lo que quedaba de él. Nunca había visto algo tan horrible y sin embargo no podía apartar los ojos de ese cuerpo calcinado que todavía respiraba. Yo había ido para una consulta de rutina, algo sin importancia, y de pronto me encontré delante de un resto de vida... Me explicaron que los norteamericanos bombardeaban con napalm las bases de los Vietcong en el norte y que muchas de las víctimas eran civiles que habitaban la zona. Al volver a casa le dije a mi marido que no podíamos quedarnos más allí, creo que estaba histérica, hablaba atropelladamente y él me escuchaba muy sereno, como si supiese todo lo que le estaba diciendo. Me dijo que sí, sabía que en algún momento, aún no tenía muy claro cuándo, íbamos a tener que partir. En algún momento, tal vez no muy pronto. Pero había que estar preparados. Yo no entendía que había un tablero político, que apenas Vietnam quedara en manos de los prosoviéticos, los prochinos tomarían el poder aquí.

En este momento de su relato le pareció que asomaba una sonrisa en el rostro de la mujer, que seguía mirándola sin distraerse y sin hablar.

—Pero desde ese momento ya no pude seguir la guerra como algo lejano, algo que no me tocaba. Los diplomáticos, no todos, los embajadores podían partir con un sirviente. Cuando llegó el momento de nuestra partida cancelaron el permiso de llevar a alguien que no fuera de la familia. Le pedí a mi marido que adoptáramos a Rithy pero se negó, y yo pensé en declararlo hijo natural mío, que habría tenido con un camboyano... Una locura, pero me parecía la única solución. No me atreví. Lo dejé atrás.

Esta vez hizo una pausa más larga pero no miró a la mujer silenciosa, sentada tan cerca de ella y que le parecía muy lejana.

—Y muy pronto leí que apenas llegó Pol Pot al poder todos los habitantes de las ciudades, con algo que los identificara como intelectuales, el uso de lentes por ejemplo, eran enviados a trabajar dieciocho horas por día al campo, y si no podían convertirse en «hombres nuevos» eran liquidados... Desde

entonces llevo la fotografía de Rithy conmigo. De mi marido me separé hace mucho. Pero esta fotografía la tendré conmigo hasta morir. Sé que algunos escaparon de los campamentos de la muerte, unos pocos sobrevivieron... Hoy no podría reconocerlo, tendría más de cincuenta años... Pero no puedo separarme de esta foto.

La tenía en la mano y se la tendió a la mujer, que la estudió en silencio.

Ella ya no pudo seguir hablando. Se sentía agotada y al mismo tiempo aliviada. Se incorporó, decidida a poner distancia con ese momento de entrega al que se había dejado ir. Murmuró apresuradamente palabras de agradecimiento en distintos idiomas y al mismo tiempo que recuperaba la foto puso en la mano de la mujer un billete de cincuenta dólares.

Estaba por internarse en la animación nocturna del mercado para volver al hotel cuando la mujer le alcanzó una tarjeta. No estaba impresa en caracteres khmer; de un lado reconoció, sin poder leerlos, caracteres thai, del otro leyó en inglés «*We find the person you are looking for*», una dirección de correo electrónico y otra postal, en Bangkok.

Esteban se había dejado convencer por una excursión que recorría el Tonlé Sap, pasando del río al lago.

Le habían hablado de los cientos de casas flotantes, construidas sobre balsas, aun sobre simples embarcaciones; sobre todo, le había despertado curiosidad que no estuvieran amarradas a algún embarcadero ni poste, que flotaran libremente con la corriente, variable según las estaciones. Era algo que, le explicaron, no preocupaba a sus habitantes, camboyanos que convivían sin conflicto con muchos vietnamitas. Esa condición nómada, no ya de individuos sino de sus casas, lo atrajo.

Más inesperado que el encanto del nomadismo, sentimiento romántico ajeno a sus hábitos, Esteban descubrió que las costas, cambiantes según las lluvias que redibujaban los contornos del lago, estaban cubiertas por casas construidas sobre pilotes, y que una humanidad atareada, numerosa, circulaba entre ellos, en un momento del año en que las aguas bajas lo permitían. Había, sí, casas flotantes, de techo a dos aguas, donde pudo atisbar a lugareños de actitud despreocupada, menos exóticos que los pájaros que se posaban sobre esos techos, que los peces atrapados en las redes de los habitantes menos indolentes de esas casas. Pero también había saladeros de pescado, algún intento de supermercado, posadas para turistas de vocación ecológica y hasta una iglesia cristiana sin denominación visible. El conductor

de la lancha no supo contestar a la pregunta y se limitó a informar que la habían construido unos japoneses.

Era un vietnamita de edad indescifrable y a Esteban no le sorprendió que eligiera un establecimiento vietnamita para hacer una pausa en el trayecto. Mientras tomaba una sopa donde se mezclaban vegetales, pescado y hongos notó la mirada insistente, la expresión perpleja del anciano que servía. Cuando finalmente se le acercó, inclinó la cabeza en señal de respeto y preguntó en voz baja:

—¿Esteban?

En un primer momento creyó que había oído mal, que —poco inclinado como era a confiar en la casualidad, menos aún en lo sobrenatural— se trataba de un eco —¿de dónde, de cuándo?— que asomaba a su mente. Pero tenía delante al hombre que había hablado: sonreía y se le humedecían los ojos.

Esteban no respondió. El hombre, como arrepentido de una impertinencia, se alejó sin una palabra.

Esteban tuvo miedo.

Ella no quiso visitar Tuol Sleng. Sabía lo que iba a encontrar.

Recordaba el edificio de cuando era un colegio en Phnom Penh; su nombre khmer celebraba a un lejano antepasado del rey Norodom Sihanuk. Hoy se lo conoce como Museo del Genocidio.

Ella ya había dejado Camboya cuando los Khmer Rojos rebautizaron al país Kampuchea Democrática y convirtieron el colegio en prisión de seguridad. Fue apenas uno de los muchos centros de exterminio donde, entre 1975 y 1979, los cuatro años de poder de Pol Pot, se liquidó a un tercio de la población.

¿Cuántos de sus conocidos murieron allí, o en otro de los «campos de matanza»? (Le dio un poco de vergüenza, ella que había vivido allí, que había conocido y querido a su gente, que había gustado su comida, descubrirse traduciendo involuntariamente la frase «*killing fields*», como los llamaban en un distante, tal vez cómplice, sin duda indiferente, Occidente.) Sabía de algunos: su médico personal, el profesor de historia con quien había aprendido qué había sido del país antes de la dominación francesa, el arquitecto que había refaccionado el edificio de la embajada, y tantos estudiantes de los que se había hecho amiga para escapar con frecuencia de la asfixia del mundo diplomático.

Del museo había visto fotos. Innumerables caras de víctimas, todas con

un número pinchado en el pecho, fotografías enmarcadas donde un destino común reunía a individuos que nunca se hubieran conocido en vida. También: innumerables cráneos acumulados en una vitrina que los protegía del improbable asedio del visitante. Y los dispositivos de electricidad y agua, hoy desactivados, silenciosos, y por ello mismo cargados de amenaza, que servían de tortura en los interrogatorios.

Una estadística —ella que era tan reacia a leer una verdad en los números— le dio una esperanza. De las diecisiete mil personas que pasaron por Tuol Sleng solo doce sobrevivieron, individuos cuyo saber o destreza técnica podía ser útil a la administración del centro. Y Tuol Sleng era solo uno de los ciento cincuenta centros de interrogación y exterminio que los Khmer Rojos instalaron en el país.

Algunos prisioneros habían logrado escapar. Acaso Rithy fuera uno de ellos...

Dos días más tarde el viejo vietnamita apareció en el hall del hotel. Al ver a Esteban se puso de pie pero no se le acercó. Esteban se detuvo. Fue un momento de breve expectativa, pero el silencio hizo que le pareciera largo. Finalmente el anciano habló.

—Nunca pensé que nos volveríamos a ver —se expresaba en un francés escolar pero fluido—. Sabía que habías vuelto a Francia, me contaron que te habías casado con una sudamericana. Pensé que todo lo vivido aquí, la lucha, tantos sacrificios..., en fin, que habías decidido dejar atrás toda esa parte de tu vida. Muchos lo han hecho. Pero no hay nada que hacer, nada se olvida.

En un primer momento Esteban pensó decir en pocas palabras que lo confundía con otra persona, pero no llegó a hablar. Como una vieja fotografía de tiempos en que se sumergía el negativo en un baño químico para revelarla, nombres, lugares, fechas empezaron a definirse, a cercarlo.

Sí, él llevaba el nombre de su padre. Y su padre había sido francés, aunque detestaba que lo llamaran otra cosa que vasco, ni siquiera vasco-francés aceptaba. Y sí, su madre había sido argentina y aunque el padre ya había muerto cuando él nació ella acunó la infancia del hijo con relatos heroicos de la solidaridad del padre con el ejército de liberación vietnamita, momento fuerte de su vida, que nunca había podido olvidar, así como en su juventud había conocido la cárcel por trabajar para el frente de liberación

argelino. Casado con una argentina, le hubiese gustado terminar luchando contra la dictadura, pero la enfermedad lo derrotó; fue su viuda quien volvió a Buenos Aires para dar a luz al hijo que no iba a conocerlo.

¿Qué edad hubiese tenido hoy el padre? ¿Qué edad tenía el anciano que lo recordaba emocionado, que creía ver en este Esteban nada heroico a otro Esteban, el de una guerra lejana, ganada y acaso desperdiciada en la paz?

En ese momento ocurrió algo inexplicable, y también irresistible. Sin cálculo ni parodia, Esteban empezó a hablar diciendo lo que intuyó que hubiese dicho su padre. Lo poseían la mirada y las palabras del anciano: le prestaban una identidad que nunca había buscado, que nunca se le hubiese ocurrido desear. Si hubiera estado frente a un argentino, o a un hijo de la cultura mediterránea, habría abrazado al visitante; pero sabía que en Oriente el contacto físico no es bienvenido.

Como un poseso, explicó que en su nueva vida, en el otro extremo del mundo, aún había lucha por pelear, que nada había cambiado desde que se habían visto por última vez. Mencionó lugares, batallas, camaradas cuya existencia desconocía, cuyos nombres nunca había leído.

Hablaron pocos minutos pero fue un momento de intensidad superior a las palabras dichas, ajeno a ellas. El anciano parecía contento. Se despidió con una inclinación de cabeza y uniendo las palmas de las manos, una actitud que Esteban imitó ceremoniosamente.

Más tarde se le ocurrió que no había habido error en ese reconocimiento. Tal vez el viejo creyera en la reencarnación. Además, a Esteban le pareció que durante el encuentro su visitante había rejuvenecido: como si el recuerdo de una juventud llena de peligros y convicciones hubiese borrado brevemente las miserias de su condición actual. Y al mismo tiempo le hubiese impuesto una transfiguración al joven incrédulo que lo escuchaba, que empezaba a sentirse insatisfecho con su incredulidad.

Apenas hubo bajado del taxi se dio cuenta del error. Le dio vergüenza admitirlo y decidió buscar de todos modos la dirección impresa en la tarjeta.

Había conocido Bangkok superficialmente, y su recuerdo era el de la ciudad que había sido tres décadas atrás; como todo el mundo, había oído hablar de Patpong, barrio que la gente de cierta edad llamaba *red light district*. En su tiempo había sido arrasado por soldados norteamericanos con licencia de la guerra de Vietnam, impacientes por obtener cualquier forma de desahogo sexual, de estímulos químicos.

El taxi la había dejado a la entrada de Surawong Road y ella, con la tarjeta en la mano, fue abriéndose paso entre la multitud que deambulaba curiosa, asediada por ofertas apremiantes: shows, baile del caño o proezas vaginales con pelotas de tenis, bares con *go-go girls* y sexo oral incluido en el precio de la bebida. Y cantidad de *katoeis*, los respetados *ladyboys* locales, cuya feminidad aplicada, nunca estridente, no delataba inmediatamente la superchería.

La dirección buscada correspondía a un edificio de entrada abierta ante una escalera que conducía a oficinas en el piso alto; una vitrina iluminada en la vereda informaba de los servicios ofrecidos. Allí estaba repetida la frase en inglés que ella había leído en la tarjeta: «*We find the person you are looking for*». Si alguna duda quedaba sobre su sentido, una pantalla se encargaba de

disiparla: en el video publicitario desfilaban adolescentes, exhibiendo sus promesas en poses invitantes; en algunos casos nalgas perfectamente redondeadas y firmes; en otros, órganos de tamaño considerable en algún momento intermedio entre el despertar y la erección declarada.

Permaneció un momento ante esas imágenes que no la ofendían; si se sentía humillada era por el error de la mujer del mercado en Siem Reap, por lo que había interpretado en sus palabras, si es que había entendido el idioma, o en la fotografía que ella le había mostrado.

De pronto, algo diferente empezó a borrar ese sentimiento: la posibilidad, tan deseada, de que Rithy hubiese logrado escapar y cruzar la frontera, ahora la conducía a otra posibilidad, que no se atrevía a condenar ni a desechar: que hubiese terminado trabajando en uno de los establecimientos de Patpong.

—*Aren't you going to see the Naga Fireballs?* —preguntó un hombre sentado ante la mesa vecina.

Ella fingió no haberlo oído, aunque Esteban, desde una mesa menos cercana, lo oyó perfectamente. El hombre esperó la respuesta que no llegaba sin abandonar una sonrisa amplia. No parecía dispuesto a darse por vencido. Lucía la paciencia empedernida de un viajante de comercio chino.

—*They are one of the marvels of South East Asia* —insistió.

Cuando ella consintió en hablarle lo hizo en un inglés educado, intemporal, donde flotaba un rastro de acento español.

—Las vi hace tiempo. Pero no a esta altura del Mekong. Hay que remontar el río hasta Laos, cerca de Ventiane, para verlas. Y no estoy segura de que aparezcan en esta época del año. Surgen al final de las lluvias de octubre.

El hombre extrajo una billetera en la cual eran demasiado visibles las iniciales de una marca de moda para dejar una tarjeta sobre la mesa de su vecina. Ella ignoró ese rectángulo de cartón que parecía ya haber pasado por varias manos. El hombre debía estar habituado a estas marcas de indiferencia pues no se desanimó.

Inició una explicación, confusa a fuerza de pretenderse científica: las bolas de fuego que subían por el aire y podían llegar a cien metros de altura,

si no más, para algunos eran burbujas de gas que entraban en combustión, o descargas eléctricas en una solución que las impulsaba hacia lo alto. Estas posibilidades, sostenía, eran más verosímiles que atribuir las a luces de reconocimiento disparadas por soldados laocianos desde su orilla del río...

La mujer lo interrumpió con una mirada fría que ninguna sonrisa mitigaba.

—No diga pavadas. Las bolas de fuego se llaman Naga por los dragones que viven en el río. No es casualidad que se las vea todos los años después de las «lluvias de Buda». Los dragones las escupen hacia lo alto y allí estallan en chispas. Muchas generaciones las han visto, generaciones que nunca oyeron hablar de *tracer lights* ni siquiera de electricidad. Las llaman *bung fai paya nak*.

Esteban se echó a reír. El presunto viajante de comercio borró la sonrisa que había parecido inamovible y se concentró en su budín de sémola. La mujer sonrió por primera vez y lo hizo en dirección a Esteban. Él decidió hablarle en español.

—Yo también prefiero creer en dragones.

Eso fue todo. Ella no volvió a hablar aunque resultó evidente que había entendido el comentario de Esteban. Él prefirió no intentar un diálogo.

La vio una última vez, también sentada sobre una piedra a la entrada de un templo. Pero no era el mismo ante el cual la había visto por primera vez. También esta vez estaba sola, en silencio.

Se quedó observándola un largo momento. Iba a alejarse cuando la vio incorporarse y entrar, si es que se puede llamar interior al espacio detrás del pórtico, paredes que no todas llegaban al techo, o se elevaban sin que un techo existiera, trabajadas por indescifrables inscripciones de moho. En el centro del primer recinto había una piedra sostenida por otra, algo que tal vez no correspondiese a la palabra altar en la religión para la que el templo había sido concebido.

Ella tomó de su bolso algo brillante, tal vez una hoja de plástico dentro de la cual se entreveía una fotografía en blanco y negro, luego una caja de fósforos y prendió fuego sobre la piedra a esa hoja, cuidando de hacerla girar para que todos sus ángulos se encendieran antes de que el fuego se extinguiera.

Él entendió que se trataba de una ceremonia privada, no más incomprensible que otros aspectos del culto, de todos los cultos.

Al final solo quedaron sobre la piedra unos restos chamuscados, malolientes. Ella se quedó mirándolos durante un momento que a él le pareció muy largo antes de irse. Una vez solo, se acercó a esos residuos para

ver si conservaban algún indicio de lo que fueron. Pero no había más que cenizas, y la brisa del atardecer empezó a dispersarlas.

Las primeras esferas de fuego surgieron del agua antes de la noche, en ese momento del crepúsculo en que el cielo aún guarda un poco de azul y las luces de la tierra adquieren por contraste un brillo fantasmal. Algunas aparecían muy pequeñas, burbujas apenas, otras del tamaño de bolas de billar. Ante la sorpresa de Esteban, al tomar altura se agrandaban, alcanzaban el tamaño de la cámara de aire de un globo volador, vacilaban en la oscuridad creciente, luego estallaban en chispas o se perdían en la altura sin dejar huella. En el río, las barcas detenidas en medio de la corriente —lámparas de papel de colores brillantes, música apenas audible, ofrendas de arroz pegajoso envueltas en hojas de plátano— se dirían inmovilizadas por el prodigio mismo que estaban contemplando.

Esteban pensó en su padre. Sus sentimientos eran contradictorios. Se le ocurrió que tal vez hubiese estado orgulloso de ver a su hijo en rincones de la tierra donde él había peleado por ideales hoy devaluados. Y al mismo tiempo, que le daría cierta vergüenza entender con qué artes su hijo había llegado a visitar esos territorios lejanos. Y, ¿por qué no?, acaso cierto orgullo inconfesable, de saber que el hijo debía ese efímero triunfo mundano al ejercicio de su masculinidad.

Intentó también recordar a su madre, pero ningún sentimiento acompañó la imagen borrosa que le llegó.

Estaba a orillas del Mekong, en un lugar que no sabía que se llamaba Nong Khai, en Isan, al noreste de Tailandia. Tampoco sabía, ni le interesaba saber, que la población de esa provincia era en su mayoría originaria de Laos, que hablaban el idioma de su país de origen, comían su comida, vestían su ropa. Solo le importaba dejar atrás tantas cosas, cosas para las que tampoco tenía nombre; sin duda se habría asombrado si le hubiesen dicho que era a sí mismo a quien quería perder.

Una muy modesta suma de lo ganado en una noche afortunada en el casino de Macao había bastado para pagar el taxi que lo llevó hasta allí; otra iba a pagar el taxi que lo llevaría a otro lugar, más lejos, también desconocido. En algún momento ese dinero se agotaría. ¿Dónde? ¿Cuándo? Sentía una vaga curiosidad por imaginarlo.

Las esferas de fuego, cada vez más numerosas, cada vez más grandes, surgían del agua y se perdían en lo alto, en la plena oscuridad de la noche ya instalada. Eran los últimos días de octubre, terminaban los meses de lluvia que los budistas consagran a la meditación.

A Esteban se le ocurrió que los dragones, despertándose bajo las aguas del Mekong, celebraban la fecha.

Para Daniel Rosenfeld

La dama de pique

El diálogo de dos fetos en el útero sobre las cosas de este mundo sería una metáfora de nuestra ignorancia del más allá.

THOMAS BROWNE, *El enterramiento en urnas*

En el baño del departamento de mi amigo Sergio el bidet está convertido en macetero. Hacia los lados caen unas hojas largas y delgadas, de un verde pálido surcado por una raya amarillenta; en el centro se elevan otras hojas, carnosas, firmes, de un verde oscuro. Hacía tiempo que no lo visitaba, o que no necesitaba visitar su baño, y el descubrimiento me sorprendió como una novedad.

—La planta de hojas finas, bastante lánguidas, se llama cinta; la más fuerte es una aspidistra —me informó—. El bidet es ideal para mantener irrigada la tierra de manera controlada. Nada mata a una planta como el exceso de agua.

Mi silencio debe haber sido más elocuente que una pregunta porque Sergio no esperó mucho para dar una explicación.

—Desde que Celina se fue, en esta casa no entra más una mujer. Lo decidí y lo cumplo. Cuando la ocasión se presenta, para eso están los hoteles. Y en el único caso en que una se animó a insistir e insistir en que quería conocer «la guarida del Tapir», cuando se resignó a vestirse después de intentar lavarse ya había entendido que desterré la convivencia de mis proyectos de vida.

Sergio es novelista, yo soy traductor. Él es mujeriego, yo soy tímido. No recuerda qué mujer le puso de apodo «el Tapir», supongo que por alguna

performance oral. Conmigo eran siempre ellas las que tomaban la iniciativa y con los años empezaron a escasear. Hoy estamos instalados, cada cual en su carácter, en esa edad que ya no puede aspirar a ser llamada madura pero se resiste a la vejez. Se me ocurrió que a Sergio, hombre de hábitos perezosos, para quien la ciudad se circunscribe a unos cuantos restaurantes y bares conocidos, le vendría bien asomarse a otro Buenos Aires, el que yo exploro con una curiosidad que los años no han gastado.

—Decir la «dama de pique» es un galicismo. Si hablamos castellano tenemos que elegir, según las barajas, entre la «reina de espadas» o la «dama de picas».

La voz de Sergio se hacía pastosa después del tercer vodka, pero su vocación lexicográfica no cejaba. Habíamos estado hablando de Pushkin en un ambiente muy lejano de su relato, de esas mesas de juego donde se apostaban fortunas y podían enloquecer nobles y oficiales de San Petersburgo.

—En la Argentina —continuó— hemos heredado tantos galicismos de los tiempos en que Buenos Aires era una metrópolis cosmopolita, que no me extraña oír que digan pique por pica.

Preferí no acusar la estocada, que sentí dirigida a mí, lector que prefiere internarse en las novelas del siglo XIX, y que del siglo pasado solo se le anima a algunas anteriores a 1940. Me limité a sugerir que un galicismo tal vez no estuviera del todo fuera de lugar al evocar una sociedad como la rusa de tiempos en que el francés era el idioma de conversación habitual.

Estábamos en el más plebeyo reducto —la palabra lleva inevitable, paradójicamente, a *ridotto*, los casinos privados de Venecia en tiempos de Casanova— de los juegos de azar: las altas, inmensas, ruidosas, encandiladoras salas de «maquinitas» —por un momento me sentí tentado de

propinarle a Sergio la denominación hispana «tragaperras», tanto más exótica que *slot machines* y *machines à sous*— del hipódromo de Palermo en Buenos Aires.

Eran las tres y media después de medianoche y un elenco numeroso y variopinto seguía hipnotizado en las pantallas la catarata vertiginosa de figuras que cada tantos segundos se detienen, anunciando una configuración rara vez ganadora. Hubo un tiempo, pensé, en que a Sergio le hubiese atraído buscar entre esos ludópatas la posibilidad de personajes de ficción. El ama de casa insomne, sin duda viuda, escatimando los restos de una pensión ante su juego preferido: el faraón que puede asomar de un sarcófago, uno solo de los varios propuestos al jugador en el recinto más recóndito de una pirámide; o los signos del zodiaco, centelleantes, engañosos, que una vez Sagitario, otra vez Piscis, pero no siempre ellos, anuncian con un timbre festivo el premio máximo. Los hombres, impecables algunos, como los viejos milongueros que no renuncian al traje oscuro y a las tres puntas inmaculadas del pañuelo que asoma del bolsillo superior a la izquierda del pecho; otros apenas vestidos para salir de sus casas, con algún detalle que delata el triunfo de la senectud, pantuflas en vez de zapatos, saco de pijama en vez de camisa.

Pero nunca pudo avanzar en la ficción. En esta visita, me confesó, lo desanimaron las historias humildes, tristonas, «de la vida real» —como reza, nunca se sabrá si con rédito convincente, la publicidad de las más insoportables películas actuales— que se podían urdir a partir de esas figuras entrevistas. Acaso escondan peripecias y pasiones, pero estas permanecen vedadas, me dijo, inaccesibles para su imaginación literaria.

Se me había ocurrido distraerlo de la melancolía, disfrazada por momentos de agresividad, en que lo había sumido su condición de esposo abandonado haciéndole ver un Buenos Aires que no conocía. La indiferencia con que acompañó nuestra visita no le impidió alguna observación inesperada.

—Pensar que las carreras de caballos fueron la pasión del porteño durante décadas. *La Fija* en sus dos ediciones, la celeste y la rosada, se vendía en todos los quioscos. Y las letras de tango... *Por una cabeza* todavía se escucha en Europa, la música solamente, nadie sabría de qué habla la letra aunque

pudiesen entender las palabras...

—«Metejones que tengo con los pingos, / berretines de todos los domingos» —canturreé como para refrendar su recuerdo con otro tango.

—Y ahora vengo a enterarme de que son las maquinitas las que salvaron de la ruina al hipódromo que ya poca gente frecuentaba. Dicen que primero las instalaron a la entrada, luego en la confitería, más tarde construyeron este anexo: varios pisos, restaurantes... Parece que también hay unas salas chicas con ruletas, pero electrónicas. —Emitió una risa carraspeante—. Mirá adónde fue a parar la elegancia de los casinos...

Me pareció el momento apropiado para contradecir esa visión complacida de la decadencia porteña.

—No te ensañés con Buenos Aires. En Monte Carlo también han instalado maquinitas. Y en Baden-Baden llenaron con ellas la vieja estación del tren de trocha angosta, abandonada desde los años setenta; ahora está iluminada con neones de color.

Estábamos ante el bar. Una rubia muy joven, de sonrisa cansada, retiró los vasos vacíos y nos interrogó con la mirada. Sergio vaciló un instante antes de pedir agua mineral. Yo no me opuse. Era la pausa que nos permitiría dentro de un rato volver al vodka.

—Si quiero buscar algo novelesco en la vida —intentó explicar Sergio—, sé que no lo voy a encontrar en estas réplicas a escala reducida de Las Vegas. Tengo la impresión de que existen, de que tiene que haber espacios privados, no diría secretos, donde pasan cosas más interesantes.

Un momento de silencio. Como una demorada réplica, extraje un nombre de mi memoria.

—¿Te acordás del cosaco Remizov?

El nombre despertó en Sergio una imagen borrosa, un compañero del colegio secundario, hosco, taciturno, no precisamente un amigo. De cosaco no tenía nada, pero el apellido de familia rusa, la altura, la corpulencia le habían merecido el mote que borró su nombre de pila. «Che, cosaco...» Nunca oímos que lo llamasen de otro modo. No esperé la respuesta de Sergio para hablar.

—El cosaco se fue a vivir a Alemania. Hace muchos años, apenas

terminó el secundario, no se te ocurra que fue un exilado... Tenía allí unos tíos. ¿Sabés cómo se gana la vida desde hace décadas? Jugando al póker. En serio: es un profesional. Lo llaman para formar mesas, en cualquier lado. «Preséntese el viernes a las 20.00 h en la habitación 243 del hotel X en Los Ángeles.» O en Beirut o en Marbella. Le pagan el pasaje en primera. La mesa dura de la noche del viernes al lunes a la mañana. Y él cobra por participar, si gana es el organizador quien guarda la ganancia, no sé si él va a porcentaje, pero siempre tiene un mínimo garantizado.

—Como una puta —comentó Sergio—, de esas que llamaban *call girls*.

—Como una puta —confirmé.

Nos distrajo la llegada de un grupo de turistas coreanos. Sin duda habían estado viendo bailar tango en alguna milonga hasta la hora del cierre y ahora coronaban la tan mentada noche porteña con una visita a estas salas de juego que no me resigno a llamar casino. Locuaces, risueños, estudiaban con curiosidad el recinto; algunos ya tenían en mano el billete de cien pesos que iban a introducir en «El príncipe sapo» o en «Tesoros submarinos»; el guía que oficiaba de intérprete, en cambio, parecía a punto de dormirse de pie.

—¿Y? ¿Qué te parece? —pregunté—. No te imaginabas nada parecido a esto.

Lo sorprendí con la guardia baja: Sergio asintió. Comprobé que no me había equivocado al decidir pasearlo una noche por un Buenos Aires muy distinto del que había sido suyo.

Elegimos desayunar lejos del hipódromo y sus modestos juegos de azar, de su multitud insomne. Caminamos hasta las arcadas de la estación Pacífico. La primera luz de la mañana de verano ya llenaba el cielo pero dejaba en una sombra fresca la vereda del bar donde nos sentamos, respirando con fruición la ausencia de aire acondicionado, gozando del alivio de una brisa suave que mecía las copas de los plátanos. En una mesa vecina dos travestis disponían con entusiasmo de medialunas y café con leche; aunque mantenían el porte erguido que sin duda habían lucido horas antes, su maquillaje ya necesitaba refrescarse. Traté de no demorar en ellos una mirada curiosa.

—La elegancia de los casinos, dijiste... —retomé el tema—. Hoy, aun en los verdaderos casinos, son pocos los jugadores de punto y banca, de *baccarat*. La ruleta domina. Es lo más popular, la gente juega de pie, apretujándose ante las mesas, a veces apuestan ellos mismos sin hacer intervenir al croupier. Es un juego fácil, pasivo. En cambio, en el casino Iguazú, el de las cataratas, parece que tienen éxito las mesas de *blackjack*; por lo menos es algo menos vulgar: número limitado de jugadores, necesidad de calcular la apuesta...

—Ejercicio mínimo de la mente... El póker, o su versión indígena, el truco, exigen inteligencia, astucia. Sobre todo disimulo. Por eso no son juegos de casino. Son privados, aunque los jueguen en una mesa de café.

—¿Y el faro? Es lo que juegan en el cuento de Pushkin... Nunca lo oí nombrar.

—Creo recordar que era algo tan elemental que pasó de moda muy rápido.

Las travestis, renovada su energía por el desayuno, habían empezado a interesarse en nosotros. Éramos los únicos otros clientes, nos oían hablar de casinos y apuestas, nos veían instalados en esa edad en que todo hombre ya se ha avenido a pagar, cualquiera sea el género de contrincante que le interese. Me pareció prudente poner fin a la excursión. Le informé a Sergio que por la esquina de Santa Fe pasan con frecuencia los taxis, y a ella nos dirigimos.

Ya dije que Sergio es novelista y yo soy traductor. Compartimos, eso sí, más que el gusto, una pasión por la literatura rusa. La frecuentamos desde nuestros años de estudiantes, y podría decir que los azares de la fortuna y los altibajos de la amistad, lejos de disminuirla, la han enriquecido.

Días más tarde yo ponía punto final a una traducción de Pushkin, dudando aún entre llamar «El caballero de hierro» o «El jinete de bronce» al poema cuyo título alude a la estatua de Pedro el Grande hecha por Falconet: «Miedni vsádnik» (Медный всадник)... Consulté las versiones en otros idiomas: «The Iron Horseman», «Le Chevalier d'airain». Finalmente me decidí por «El jinete de bronce», aunque los diccionarios tradujeran всадник por cobre, *copper*, *cuivre*.

La devoción por la literatura rusa me lleva a dedicar mis ocios a estas traducciones no solicitadas ni remuneradas. El placer que me procuran es recompensa suficiente. Me atrae en este momento la ambigua relación de los escritores rusos del siglo XIX con la ciudad de San Petersburgo; en ella me parece reconocer, salvadas distancias enormes, algo de la relación de algunos escritores argentinos con Buenos Aires.

Gógol, por ejemplo, deseaba habitar la brumosa capital del imperio y por ella abandonó su soleada Ucrania. Uno de sus relatos más famosos, «La perspectiva Nevski», resume el desencanto que muy pronto lo dominó. Más

allá de la anécdota —sentimental o erótica, según se elija leerla—, la famosa avenida es presentada como un espejismo falaz: «Todo en la perspectiva Nevski respira engaño. Miente sin descanso, pero sobre todo a esa hora en que la noche desciende con todo su peso y transfigura las fachadas blancas o el amarillo pálido de los edificios, cuando toda la ciudad se convierte en murmullo y resplandor, cuando infinidad de carruajes llegan por los puentes, los postillones gritan y azotan a sus caballos, y el mismo diablo enciende las lámparas solo para que veamos las cosas como no son».

En esas líneas me parece escuchar un lejano, pretérito eco de Martínez Estrada.

El mismo Pushkin empieza «El jinete de bronce» con una oda a Pedro el Grande, a su visión de una ciudad imperial, «ventana a Europa» que, lejos de Moscú y su historia amasada de religiosidad, herencias bizantinas y asiáticas, el «monarca taumaturgo» iba a hacer surgir de los pantanos del Báltico rompiendo las «aguas soberanas» del Neva. El poeta entrelaza ese tono heroico con un lirismo subjetivo: ama los «inviernos despiadados» de la ciudad tanto como la penumbra transparente de las breves noches de verano en que solo media hora separa el crepúsculo de la aurora, cuando él escribe en su cuarto sin encender la lámpara.

A continuación el poema se embarca en una narración fantasmagórica: una crecida apocalíptica del Neva, que invade y destruye la ciudad que desafió a la naturaleza. En medio de la hecatombe, un pobre diablo — personaje en el que reconozco una prefiguración de los excluidos y resentidos de Arlt, vástagos cimarrones de los «humillados y ofendidos» de Dostoievski —, lanza una imprecación ante la estatua del zar fundador; esta desciende del enorme peñasco que le sirve de zócalo —como un prestigioso antecesor, *l'uomo di sasso*— y persigue hasta destruir al súbdito que osó desafiarlo.

Las inundaciones que cada primavera sumergen algunos barrios de Buenos Aires no tienen ese terror de juicio final, del «día de ira» convocado por Pushkin, nada que suscite el canónico *solvat saeculum in favilla*. El cielo bajo, plomizo, descarga sobre las orillas bajas del Plata infatigables torrentes. Todos los años las calles vuelven a inundarse, las alcantarillas crónicamente desbordadas por efusiones climáticas tan previsibles como rápidamente

ignoradas por las autoridades hasta el próximo diluvio, olvidadas apenas quedan limpias las aceras y se ha rescatado el cuerpo de los transeúntes ahogados al intentar cruzar la avenida Cabildo, del ama de casa electrocutada por un cable derribado ante su puerta en la calle Necochea.

Lo que me llevó a ese poema, y me hizo elegirlo para una traducción, era —hubiese debido confesar: como en todo lo que me atrae— una disonancia, una grieta, una rajadura: la mezcla de admiración por la proeza de Pedro el Grande y el sentimiento de una venganza latente, tal vez inminente, de las fuerzas que esa proeza desafió. Como si Pushkin intuyese que bajo el Palacio de Invierno, bajo el Almirantazgo, bajo la columna de Alejandro y la misma perspectiva Nevski, laten los cuerpos de aquellos cientos de miles de súbditos, hoy mezclados con la cal, la arena y el barro de la argamasa, que perecieron al intentar afianzar en un subsuelo pantanoso los pilares sobre los que iba a elevarse la nueva capital.

Y sí: la ciudad inspirada por las ideas de la ilustración se erigió sobre cadáveres.

Suelo admitir que disquisiciones como estas, que corresponden a mis preferencias literarias, siempre terminan llevándome muy lejos de Buenos Aires, donde las explosiones de violencia terminan disolviéndose en un caldo gordo de complicidades y sobornos sin grandeza.

La conversación del otro día con Sergio, el recuerdo —esto sí algo novelesco, algo no prometido por los tristes habitués del hipódromo...— de la conversión de un compañero de nuestros años de colegio en profesional del póker, el ocaso de ciertos juegos y la popularidad ganada por otros, sometidos todos a leyes tan volubles como las que rigen la moda, me dejó una incógnita: el faro, el juego en el que gana y pierde el personaje de «La dama de pique».

En la *Encyclopédie des Jeux de Cartes* de Jean Boussac (1896) encontré una descripción y una posible genealogía. Se sabe que se jugaba al faro en Versalles durante el reinado de Luis XIV, adonde habría llegado de Italia, derivado de otro juego cuyo nombre sugiere una genealogía novelesca: el lansquenete. ¿*Landsknecht*? ¿Como los mercenarios del Sacro Imperio? En el tablero, que puede ser un simple paño con las figuras estampadas, aparecen

las trece cartas de picas, base de las apuestas. El croupier o banquero tiene en mano el mazo y descubre en cada vuelta dos cartas. La primera es el número ganador del banquero; la segunda, el de los jugadores que apostaron a esa carta en el tablero.

Es un juego de puro azar, diría mi amigo; como la ruleta, no exige astucia ni disimulo por parte del jugador. La casualidad —pero con el paso del tiempo he aprendido a desconfiar de esta palabra— me hizo releer anoche algunos cuentos de Bret Harte; por ellos me enteré de que aún se jugaba al faro —¿por última vez?— entre los buscadores de oro en el Lejano Oeste. Un croupier nómada viajaba con los naipes, el paño y un ábaco para contabilizar apuestas y ganancias.

María Filipovna Lopokova, lejana sobrina de aquella pupila de Diáguilev que terminó casada con Maynard Keynes y padeciendo el esnobismo de los Bloomsbury, deja pasar con serenidad sus días finales en una residencia geriátrica de Villa Ballester.

Algunos domingos la visito. No lo hago por altruismo. La memoria de María Filipovna, errática para fechas y nombres, es una inagotable reserva de usos y costumbres del *ancien régime* liquidado antes de su nacimiento y que solo conoció a través de la obstinada nostalgia de sus mayores. Recibe al visitante con el abundante pelo de un blanco amarillento recogido en formas complicadas por cantidad de horquillas; como vestido ha elegido una bata de seda ajada, sobre la que prende un broche pesado, de piedras difíciles de identificar; a sus ojos es posible que esta joya dudosa confiera cierta elegancia al atuendo de entrecasa.

Para mis trabajos de diletante, mis lecturas preferidas se iluminan con los comentarios de la anciana. Un ejemplo: la tarde en que sometí a su erudición el color de las calzas del príncipe Ippolit —a las pocas páginas de abordar *Guerra y paz*, el lector es sorprendido por la descripción, en francés en el original, de esa prenda: «*couleur cuisse de nymphe effrayée*»— se echó a reír.

—¿Usted también? Me pregunto si ese viejo lleno de vueltas de Tolstói se divertía sabiendo que creaba una incógnita para los lectores de tiempos

futuros... No sé cuántos profesores se dedicaron a proponer hipótesis... ¿Cuál es el color del muslo de una ninfa asustada? —Su risa se transformó en tos y recurrió al vaso de agua que siempre tenía a su alcance, y que solo después de su muerte Sergio iba a enterarse de que contenía vodka—. Recuerde que en la novela la frase está seguida por un «como él lo llamaba», es decir que la afectación, el uso del francés, la fantasía o el capricho son predicados que Tolstói atribuye al personaje del príncipe...

Se entenderá que recurriera a ella para saber si alguna vez había jugado al faro.

—Faraón, lo llamaban en mi familia. Según mi padre, le decían faro en las tabernas, se había convertido en un juego para la servidumbre. O para los literatos, esto desde luego por culpa del cuento de Pushkin... Aquí mismo, en este asilo, hay un viejo príncipe que se cree Hermann, el personaje de «La reina de espadas», y nombra incansablemente las tres cartas ganadoras. Tres, siete, as: тройка, семерка, туз! Siempre me tienta responderle con el resultado fatal que provoca la ruina y la locura de Hermann: en lugar del as como tercera carta ganadora (el secreto que le extrajo con violencia a la vieja condesa, provocando que se detuviera su frágil corazón), aparece, venganza póstuma de ella, una dama de picas. Тройка, семерка, дама!, anuncia, sereno, el croupier, y Hermann, incrédulo, ve aparecer en el naipe el rostro sonriente, irónico, de la anciana dama que él arrojó a la muerte. —Hizo una pausa antes de agregar—: Pero no tengo vocación de reina de espadas.

Volvió a reírse, esta vez sin carraspeo, lo que no le impidió recurrir a su fiel vaso de «agua». Acaso —se me ocurrió en ese momento— no hubiera engaño alguno en su apelación: en ruso, vodka, como la desinencia en ka lo indica, es un diminutivo: en este caso el de agua, вода; es decir: agüita... O como diría ella, *petite eau*.

—¿Lo quiere conocer?

Me dispuse a encontrarme con uno de esos homúnculos del cine expresionista alemán, algún «sabio loco» de calva escoltada por mechones copiosos y enmarañados, mirada afiebrada perdida en una lejanía amenazante, capa y esclavina heredadas del doctor Caligari. Pero el príncipe cuyo nombre no le permitió descifrar la articulación displicente de María Filipovna era un anciano atildado, su elegancia declarada por el desgaste de un traje de corte perfecto. También la camisa, de gusto inglés, lucía puños y cuello apenas raídos, solo lo necesario para demostrar el altivo descuido de quien no se preocupa por renovar el guardarropa que antaño estuvo a su alcance. Una condecoración que no pude identificar, pero supuse sin relación alguna con las republicanas *légions d'honneur* francesas, amenizaba la solapa gris oscuro.

Lo encontramos en un rincón casi solitario del jardín que alguna vez había sido un parque, reducido por loteos sucesivos. No estaba solo. Lo visitaba una joven, argentina por el acento, que a pesar de las palabras afectuosas con que María Filipovna me presentó no disimuló su desagrado ante la intrusión. Preferí no demorarme en su presencia, y al despedirme, sin haber llegado a oír en la voz del príncipe la mención de las tres cartas prometida por la anciana, le escuché en cambio una invitación a visitarlo.

—A mi edad, la gente joven es una ventana a la vida —sentenció, sin que

yo pudiese adivinar si era su vista menguante lo que me hacía tomarme por un joven o la dimensión generosa que a su edad confieren las pocas décadas que nos separaban.

Media hora más tarde, esperando el tren en la estación de Villa Ballester, vi llegar al andén a la joven que poco antes me había demostrado una marcada antipatía. Ahora sonreía. Respondí con cautela a este cambio de actitud.

—María Filipovna me explicó que usted es un traductor —empezó por decir, a modo de disculpa—. Por un momento temí que viniera a jugar a las cartas con el príncipe.

—Y usted cuida de que nadie le gane...

Se rio espontáneamente. Abrió el bolso que colgaba de su hombro y mostró un mazo de naipes y un paño donde estaban estampadas las cartas de picas.

—Le falta el ábaco —observé.

—El príncipe me tiene confianza, anoto los tantos en una libreta. Además, siempre le dejo ganar. Todos los naipes de mi mazo están marcados y le doy el gusto de creer que gana fortunas. No está al tanto del dinero. No estoy hablando de la inflación. Cree que jugamos en rublos, rublos de otros tiempos, desde luego. Hoy ganó veintitrés rublos y cuarenta kopeks. Se los pagué en pesos argentinos y miró los billetes distraídamente, curioso ante el rostro de Rivadavia en los de diez pesos: esperaba ver el de Nicolás II. «¿No será Pushkin?», me preguntó, «tiene aire de negro...»

Llegó el tren, con ese estruendo de chatarra que amenaza renunciar a todo esfuerzo por proseguir su ruta. Elegimos un vagón donde había menos vidrios rotos que en otros. Antes de llegar a Retiro una hora más tarde ya había averiguado el nombre de la joven, Isabel, también que su relación con el príncipe derivaba de una abuela materna, argentina viuda de un hijo del general Wrangel, y que le divertía la ficción de jugar al faro todos los domingos con alguien cuya mente se había estacionado en un pasado impreciso pero lejano. El nombre de mi amigo Sergio le despertó una sonrisa pero ningún comentario.

Comprendí que no le desagradaba la compañía de un hombre de la edad

de Sergio. O de la mía.

Lo primero que me dijo Sergio cuando le conté mi visita al geriátrico de Villa Ballester y mi conversación con su amiga fue que no se llamaba Isabel. Sus padres, tradicionalistas, la bautizaron Pelagia y Zenaida; su patronímico sería Stepanovich y el apellido Dvorkin.

Tampoco era tan joven como parecía, me dijo. Discreto, no se explayó sobre la relación que, me pareció evidente, habían tenido. La mujer que había elegido llamarse Isabel, me dijo, había cumplido más de treinta años, aunque conservara un aire de adolescente aún no decidida a instalarse en la edad adulta. Es algo incongruente con su ocupación profesional de acompañante terapéutico, que para Sergio exige una autoridad explícita, mucha firmeza para tratar con los pacientes; sin embargo, Isabel le reveló que tenía a su cargo dos esquizofrénicos, a quienes visitaba regularmente en sus casas —las familias buscan evitar el oprobio social de tener un pariente internado en un asilo psiquiátrico, aun bajo el eufemismo de «institucionalizado»— o llevaba al cine tomando en cuenta sus preferencias: para uno de ellos la ciencia ficción resultaba sedante; el otro era menos previsible, su sonrisa beatífica perduraba horas después de ver por tercera o cuarta vez *Life of Pi*, pero las comedias musicales le producían un estado de agitación breve e intenso. Al enterarse de esta ocupación, Sergio halló menos excéntrico que Isabel disfrutase de la visita de domingo a Villa Ballester para jugar al faro con un

anciano príncipe y permitirle ganar en todas las vueltas...

—Los esquizofrénicos enseñan muchas cosas —le había confiado Isabel—. Te hacen tomar conciencia de aspectos de tu conducta que no veías hasta que te los revela el contacto con ellos.

Sergio hizo una pausa en que su mirada pareció perderse en quién sabe qué introspección, antes de añadir:

—Confesó que está vagamente enamorada de sus dos pupilos... Después de escuchar esta revelación, no me resultó muy tranquilizador que me regalase algunos momentos de sensualidad.

La volví a ver a la semana siguiente. Me pareció curioso que, a pesar de su ascendencia rusa, ignorara tantas cosas que yo aprendí en los libros, sin haber buscado estudiarlas. No se trataba solo de literatura. Isabel, pues prefiero llamarla por el nombre con que se me presentó, se sorprendió, por ejemplo, cuando le conté que durante la guerra civil su bisabuelo, el tristemente célebre general Wrangel, llevó a cabo en Ucrania algunas de las más cruentas matanzas de judíos anteriores al Tercer Reich. Esta felicidad en la ignorancia se extendía a muchos aspectos prácticos de la vida. En algún momento justificó la estrechez de su vida cotidiana diciendo que no llegó a heredar nada de la fortuna de su abuela, «que tenía acciones de unos pozos petroleros en el mar Caspio». ¿Los de Bakú, en Azerbaiyán? ¿No habían sido confiscados por el poder soviético?

María Filipovna y el príncipe murieron con pocas semanas de intervalo. Sergio se enteró por Isabel de las ceremonias fúnebres pero decidió omitirlas. Yo asistí a la de mi amiga, en mi imaginación un personaje que había empezado a delinearse. Me dirigí a la iglesia ortodoxa de Parque Lezama para despedirla —la metáfora ridícula no me molestó— y me sorprendió encontrarme con una asistencia numerosa, gente de edad avanzada y efusiva fidelidad. Oí hablar mucho ruso a su alrededor, pero también alemán. Me enteré de que la tradicional comunidad alemana de Villa Ballester, que contribuía al mantenimiento del asilo, extendía su amistad a los residentes de otro origen. Se me ocurrió que ese «otro origen» no debía ir mucho más allá de los viejos rusos, tal vez los únicos con quienes *die alte Deutsche* guardasen alguna afinidad...

Una primera impresión de teatralidad tardó en disiparse sin que pudiese precisar la causa: ¿era el decorado de la iglesia, la posición de espectadores ante la iconostasis que guardaban los asistentes, las generosas, renovadas bocanadas de incienso que el pope enviaba agitando su botafumeiro? ¿Eran las vestimentas, pasadas de moda con tal recato que nadie se atrevería ante ellas a pronunciar la palabra *vintage*? También las caras parecían haber sido elegidas en una agencia de casting. Ajenas a la variedad, que parece inagotable, de las que se cruzan cotidianamente en la ciudad, lucían, todas, algo ajado, como si la experiencia hubiese impreso en ellas marcas indelebles, indiferentes al alivio que dispensan las banalizadas terapias de apoyo, menos aún a la cirugía cosmética que impera en el limbo televisivo.

Isabel se mantuvo a un lado de los asistentes sin mezclarse con ellos. Observé que al salir no saludó ni fue saludada; habría supuesto que no debían faltar familiares o amistades en la ceremonia.

—Siento como que estuve en una asamblea de fantasmas —comentó con un suspiro de alivio, respirando hondo en la vereda de la calle Brasil—. Tanta gente que se parece a personas que conocí de niña, y tal vez sean las mismas...

Le propuse almorzar en el restaurante vecino pero prefirió alejarse, cambiar de barrio. Caminaba con la mirada fija en un punto distante, abstraída, y entendí que era mejor no hablar. Nos alejamos del Parque Lezama, al principio sin rumbo, finalmente terminamos en el bodegón de San Juan y Sarandí, donde me conocen y me recomiendan buen vino fuera de las extravagancias exportables de las nuevas bodegas mendocinas. A Isabel le costó un momento alojar la tensión. No la apuré con preguntas, esperé en silencio. No me interesaban sus confidencias, más bien algún atisbo de ese mundo de ficción de la literatura rusa, cuya modesta encarnación, involuntaria, que no se sospechaba tal, veía en la mujer ensimismada, ensombrecida, cuya mirada parecía perdida en un punto sin duda interior. Finalmente esa mujer habló.

—Toda esa gente me odia. O peor, me desprecian.

Fue lo único que dijo. Comió en silencio, yo no me atreví a preguntarle qué encubrían sus palabras, y nos separamos sin prometer que nos

volveríamos a ver.

Sergio, una vez más, iba a llenar esos huecos de misterio, no sé si con informaciones fidedignas o con esbozos de ficción.

—Todos esos viejos rusos saben que ella vio pintar a su padre, que conoce los secretos de familia.

Un chisporroteo de curiosidad, débil al principio pero que pronto sentí prometedor, se encendió en mi mente.

—En todas las familias hay secretos... —apunté.

Sentía que empezaba a tomar forma en mí esa especie de curiosidad que alienta en un individuo formado o deformado, como se prefiera, por la pasión de las letras; una curiosidad que puede ocupar el lugar de pasiones más viscerales, más exaltadas. El relato no tardó en llegar.

—Todos estos hijos y nietos de exilados, todos estos nostálgicos del imperio, que lloran la pérdida de las grandes propiedades rurales de sus antepasados, y algunos se presentan con un título de nobleza, son en realidad nietos de almaceneros de Zelenograd, de escribientes de oficinas públicas de Vyborgsky, de ferroviarios del Transiberiano. El padre de Isabel nunca se engañó sobre su propio talento, bastante modesto, pero tenía mucha astucia e ideó un plan para satisfacer esas ilusiones de grandeza. Copiaba los retratos de nobles pintados por los artistas cortesanos menos conocidos del siglo XIX, uniformes militares y condecoraciones para los hombres, toda una marea de

encajes y puntillas para las mujeres, y en el lugar del rostro original copiaba una fotografía del cliente. El resultado nunca decepcionó. «Qué parecido a tu bisabuelo...» «La sangre de tus antepasados está visible en tus facciones...» Porque, además, la transcripción de los apellidos del alfabeto cirílico al latino permitía piruetas: algún Boronsky se transformaba en Vronsky, un Golinsky se animó nada menos que a Galitzin...

Sergio parecía entusiasmado por su relato. Me contagió: una avalancha de asociaciones me asaltó la imaginación. Mis traducciones literarias, que buscan palabras en un idioma para reemplazar las de otro, ¿no son acaso imposturas, intentos —declarados, sí, pero igualmente falsificaciones— que pegan el rostro de un idioma sobre el cuerpo de otro? Y a los esquizofrénicos que acompaña habitualmente Isabel, ¿con qué grado de adaptación a su psicopatía ella les habla y actúa —sí, actúa— para establecer un contacto? ¿No es acaso también una ficción aceptada, consentida? Las imposturas de su padre tenían una relación redituable con las ilusiones que buscaban satisfacer. La complicidad que el pintor establecía con sus clientes delegaba en estos la mentira y guardaba para sí la verdad de la superchería...

Todo lo relacionado con esa mujer, que ya no podía sino pensarla como Pelagia Zenaida, me llevaba a asomarme a una novela no escrita...

Hay mañanas en que al despertar me parece que emergo de una profundidad insondable, de una oscuridad sin alivio, y al entrever con párpados apenas despegados la luz, y reconocer en esa luz un espacio y objetos conocidos, suspiro aliviado: «Un día más», pienso o murmuro, como si aquella oscuridad profunda de la que vuelvo a una vida opaca fuera la de la muerte, una muerte que se pudiera visitar, de la que se pudiese volver. Y son muertos, mis muertos, muchos de los que encuentro en los sueños, sueños que olvido inmediatamente, en el instante mismo en que busco retenerlos con palabras e imágenes que se escurren como arena entre los dedos.

Duelmo solo. Desde el principio de mi relación con Isabel estuvimos de acuerdo en que cada uno conservaba su departamento, sus horas y sus costumbres, que nos encontrábamos para lo que llamamos, con una sonrisa pudorosa, «las horas del amor». Pronto descubrimos que el lecho común, para un hombre de mi edad y que no lo practicó más allá de sus años juveniles, y aun en ellos sin frecuencia, es una incomodidad donde se unen la timidez y la vanidad: no quiero exponer a la mujer que se despierte a mi lado el mal aliento que acumulé durante la noche ni el mal humor que me acompaña hasta una buena media hora después de despertarme.

Una noche, sin embargo, me venció el cansancio en el departamento de Isabel y me quedé dormido a su lado. Más tarde sentí el calor de su cuerpo

junto al mío y sin despertarme pasé un brazo sobre su espalda; en algún momento, creo, le besé la nuca separando los mechones de pelo que la cubrían, y que también besé; ella se estrechó contra mí y repetimos los gestos de pocas horas antes.

Cuando me desperté estaba solo en la cama. El sol ya inundaba el cuarto vecino e Isabel no respondió a mi llamado: sin duda ya había partido hacia el esquizofrénico del día. Una imagen del sueño recién borrado persistía en mi memoria, como si se resistiera a desaparecer con el resto de la anécdota de la que era parte, donde acaso tuviera sentido: un hombre reía mientras quemaba varios billetes en la llama de una vela, lo acompañaba la risa de otros hombres y no sé qué me sugería que la escena ocurría en una taberna, y que esa taberna estaba en Rusia; algo del hombre me hacía pensarlo como un *mujik*, ebrio, los ojos brillantes con la exaltación del alcohol y de su desafío.

—Ah, ya te pasó el sueño —comentó Sergio cuando se lo conté—. Lo va a ir desarrollando noche a noche, si no te cuidás.

Le escuché contar, sin creerle mucho, que Isabel, o en este caso tal vez debiera decir Pelagia Zenaida, tenía la capacidad de transmitir, más bien de imprimir, un sueño en el hombre que dormía con ella. Me pareció una leyenda más de las que rodeaban a nuestra amiga y la archivé hasta que la semana siguiente Isabel me pidió que la dejase dormir en mi departamento; acepté: era tarde, nos habíamos demorado en un estreno de teatro, que como todos los estrenos empezó mucho más tarde de lo anunciado, y luego en un restaurante. A la mañana siguiente, al despertarme, también me encontré solo en la cama, también había guardado del sueño la imagen del *mujik* que reía mientras hacía arder varios billetes sobre una vela; pero esta vez reconocí su rostro: era el mío. Cuando se lo conté, Sergio fue más explícito.

—¿A qué jugaban en la taberna? Quiero decir: ¿en qué juego ganaste el dinero que quemabas? Es tradición que el dinero ganado en el juego no sirve para nada bueno, que hay que gastarlo rápido... En francés dicen *flamber*, pero es solo una metáfora... Pero de ahí a quemarlo, eso es cosa de *mujiks* borrachos. Me pregunto si...

Pero no terminó la frase, y preferí no pedirle que la terminara. A mí ya se me había formado la imagen de un antepasado de Isabel, un abuelo o quizá

más lejos aún, alguien desterrado de su memoria por exorcismo y que sin embargo seguía latiendo sin nombre, tenaz, como para que ella lo inculcase, como un miedo atávico, a los hombres que la penetraban.

Decidí ponerla a prueba. En mi visita siguiente a su departamento revisé su biblioteca con aire distraído y comprobé que no había en ella ningún volumen de Leskov. Esa noche, durante la cena, comenté que había decidido interrumpir por un tiempo mis traducciones de Pushkin para intentar otros autores, Leskov por ejemplo, de quien solo circula en español *La Lady Macbeth de Mtsensk*; le conté que en uno de sus cuentos, «El ángel clausurado», un grupo de «viejos creyentes» quieren rescatar un ícono milagroso de la iglesia «nueva» adonde ha sido llevado y sustituirlo por una réplica; para realizarla, recorren toda Rusia buscando al pintor capaz de copiarlo.

Me escuchó sin demostrar que la anécdota evocase ningún recuerdo incómodo. Tampoco cuando inventé que en otro cuento, cuyo título declaré no recordar, unos *mujiks* ebrios, en un concurso de altivo desprendimiento, a ver a quién le importa menos esa riqueza, o de desprecio por la fortuna impresa en una hoja de papel, ya que la única auténtica es la posesión de la tierra, queman los billetes con que han vuelto de la feria del pueblo vecino. Esta vez reaccionó.

—¿Estás seguro de recordar bien el argumento? Decís que vuelven de una feria, pero si queman dinero no debe ser el de la venta de sus cosechas sino el que han ganado en el juego. El producto del trabajo es sagrado; el del juego,

impuro. No se toca dinero con la mano derecha, con la que te persignás. Se toca con la izquierda, la que usás para limpiarte el trasero.

Esa noche me pidió que volviese a casa después del café: estaba muy cansada, había tenido un día difícil, un nuevo paciente con quien aún no había descubierto la manera de comunicarse. Me dio un rápido beso en la mejilla, casi un roce, y cerró la puerta apenas estuve afuera.

Pasaron varios días sin que me llamase, sin que contestara los mensajes que le dejaba en su número fijo, ya que prefería que no la llamase al celular. Esta ausencia me resultó benéfica, me hizo reflexionar. ¿Qué había buscado yo en ella? ¿La vanidad del hombre mayor que es aceptado por una mujer joven? Más bien, satisfacer mi curiosidad literaria: había visto en ella, como antes en María Filipovna, la posibilidad de consultar un archivo viviente de usos y costumbres, de anécdotas e informaciones sobre ese territorio enigmático que tanto me atraía, la literatura rusa. No era material de primera mano, pero era el único accesible para mí. Lo demás, su belleza menguante, la ternura consentida, eran beneficios colaterales.

Me sentí cínico y me descubrí satisfecho de serlo. Era algo nuevo para mí. Corolario: la tentación de llamarla, muy presente en los primeros días, se fue desvaneciendo.

Unas dos semanas después de nuestro último encuentro, nos cruzamos — miserias de la vida actual...— en un supermercado y fingimos, con la mayor delicadeza mutua, no vernos. Volví a casa con una sensación inédita de liviandad. Esa noche decidí lanzarme a escribir, a vencer el miedo que durante años me maniató y confinó al refugio de la traducción. Y lo que iba a escribir era una versión, una parodia seria, un *rifacimento* de «La reina de espadas» o «La dama de pique», como mi pedante amigo me hubiese reprochado que la llamase. Y sabía quién iba a ser el modelo de la vieja condesa, aunque no fuese una anciana ni tuviese título nobiliario.

Esa noche no soñé con los *mujiks* y su dinero quemado. La vi a ella —en fin: con la certeza inapelable de los sueños, supe que era ella— viejísima, casi irreconocible, con el pelo de un color gris sucio cubierto por una cofia de encajes que me parecieron apolillados. Me pareció, también, que había trozos de tierra adheridos a su cofia, a su piel. Me sonreía, desdentada, pero su voz

era firme.

—Tres, siete, as.

Luego, en un susurro:

—Тройка, семерка, туз!

Y finalmente, con una risotada sardónica:

—Тройка, семерка, дама!

A la mañana siguiente ya había redactado el primer capítulo.

En el último trago nos vamos

*Misbegotten moon
Shine for sad young men
Let your gentle light
Guide them home tonight.*

Palabras de Fran Landesman,
en la voz de Rickie Lee Jones

La historia nos había mantenido atentos hasta bien entrada la noche, sentados en la arena alrededor de una fogata.

—¿Y ella se quedó aquí? —preguntó Cecilia—. ¿Nunca volvió a Europa?

—Nadie la esperaba allá —concluyó Lucio—. Y se me ocurre que temía cruzarse con alguien que la recordase, que pudiese medir el paso del tiempo, es decir su decadencia. Aquí por lo menos era casi desconocida. Y si debía terminar su vida en la oscuridad, era mejor poner distancia con su hora de fama, evitar el encuentro con algún rastro del pasado.

Sobrevino un silencio. Ningún comentario lo quebró. Las llamas, las chispas que se perdían en el aire, nos iluminaban con destellos cambiantes, prestaban expresiones dramáticas a nuestros rostros, una intensidad inesperada. Apenas alejábamos la cabeza del fuego nos llegaba del mar esa brisa fresca que siempre redime el agobio de un día de verano. El cielo, poblado de estrellas que en la ciudad no hubiésemos podido siquiera entrever, complotaba para retenernos allí tanto como la voz de Lucio, que devolvía a la vida personajes y situaciones que en otra circunstancia nos hubiesen dejado indiferentes. Una botella de whisky ya casi agotada pasaba de mano en mano.

—A mí me parece bien que los viejos decidan borrarse —irrumpió Martín, el más joven del grupo—. Llega un momento en que ya no les queda nada por decir, por hacer.

—¿No oíste hablar del estilo tardío? —le lanzó, socarrón, Raúl—. En Beethoven, por ejemplo, hubo una renovación enérgica en sus últimas obras. Y no es el único caso...

Martín pareció a punto de responder pero, como si de pronto advirtiese la edad de algunos de los presentes, prefirió callar. Puedo suponer lo que habría dicho: que la música llamada clásica, o culta, no tenía lugar en la vida que a él le importaba. Cecilia se apresuró a hablar, antes de que a otro se le escapase alguna observación inoportuna.

—Borrarse puede ser una forma de elegancia, aun en un artista todavía joven. Quiero decir que no es necesario llegar a viejo para elegir no ceder a la presión de la vida pública, abstenerse de apariciones demasiado frecuentes, mesas redondas, entrevistas innecesarias. Elegir con cuidado los interlocutores. Rehuir al fotógrafo.

Me recosté en la arena, como para retirarme de una conversación que se alejaba de la anécdota novelesca evocada por Lucio para internarse en territorios que, ya lo sentía, iban a aburrirme. Con la nuca apoyada en los brazos cruzados, preferí concentrarme en las constelaciones, intenté recordar nombres oídos en la infancia (Las Tres Marías, La Cruz del Sur) y reconocerlos en las estrellas que perforaban el negro del cielo. ¿Alguna de ellas estaría muerta y —lo había leído en algún artículo de divulgación— su luz continuaba el viaje a través del espacio? Nunca había entendido del todo esa cuestión de la velocidad de la luz, pero la idea me atraía como metáfora para situaciones más terrenas.

Hace un tiempo me busqué problemas con una mujer a la que me costó hacerle renunciar a complicarme la vida. No volví a verla, y podía dar nuestra relación por acabada; sin embargo en mi vida cotidiana actual su recuerdo no deja de intervenir. No es el de una situación compartida o el de palabras dichas, es una presencia, si se quiere fantasmal pero para mí sensible: espectadora, a veces amable, otras censora de mis actos y pensamientos, persiste en visitarme sin que la llame, en opinar en silencio con la mirada vigilante que mi imaginación le presta.

La conocí en México, más precisamente en el estado de Veracruz, y para ser exacto en Xico. A veces me pregunto qué relación secreta existe entre un

lugar y lo que en él, imprevistamente, ocurre. Hace unos meses estuve invitado a un encuentro literario en Xalapa. Era, no solo para mí, una primera visita al estado de Veracruz, y aunque suelo rehuir el turismo cultural, la posibilidad de conocer uno de los pueblos llamados «mágicos» me animó a sumarme a una excursión. Ella era parte del grupo, pero durante el trayecto preferí prestar atención al paisaje que íbamos descubriendo.

Llegamos a Xico a través del Bosque de Niebla y sus cafetales, habíamos visto árboles chaparros a la sombra de un árbol madre y distinguido a lo lejos el volcán extinto cuyo sonorísimo nombre náhuatl hubiese querido retener en vez del español, tan deslucido, Cofre de Perote. Solo cuando nos detuvimos ante la iglesia de Santa María Magdalena para admirar el arco floral del pórtico escuché su voz.

—Estos pétalos blancos ¿son lo que llaman flores de cucharilla?

La guía le explicó que esas hojas de agave exigen mucha destreza para quitarles las espinas y entrelazarlas en los arcos florales; si las trabajan manos de mujer en los días de sus reglas, el blanco se tiñe de rojo. Vi que ella rozaba con dos dedos una de las flores. Me pregunté si estaba poniendo a prueba las palabras de la guía, si tenía en ese momento su periodo. Empecé a mirarla con cierto interés. Que conociera el nombre para mí exótico de esas hojas, que su acento, inconfundiblemente argentino, no tuviera la pegajosa articulación porteña, hicieron que me reprochase el no haber leído sus cuentos, muy elogiados por gente que no me inspira confianza.

Más tarde nos cruzamos en el patio adyacente a la iglesia. Yo me interesé en una piedra redonda que había servido para sacrificios, no sé si olmecas o totonacas. ¿Había estado siempre allí, anterior a la construcción de la iglesia, y esta había respetado, quién sabe con qué temores supersticiosos, su lugar? ¿Acaso había sido colocada allí mucho más tarde, como en un museo al aire libre, memorial de crueldades más francas que las de la religión importada? No eran las dos mujeres que cosían y conversaban animadamente, sentadas en un banco vecino, quienes iban a poder responderme... La piedra tenía dos orificios, inesperado recaudo higiénico, que permitían escurrir la sangre del sacrificado. (Me cuidé de no pensar la palabra víctima: había leído que era un honor para el elegido entregar al sacerdote el pecho que este abriría con una

obsidiana afilada para extraerle el corazón y quemarlo como ofrenda a la divinidad.)

Mi compañera de excursión se había internado en un museo anexo a la iglesia. No tardé en seguirla. Se trataba de la colección de vestidos para la santa, ofrecidos en la fecha de su fiesta; en el pecho de cada uno estaba pinchada una tarjeta con el nombre de la familia donante. Avancé entre centenares de atuendos de colores vivos, fucsia, turquesa, dorado, telas costosas donde no faltaban bordados y lentejuelas, fantasías que me parecieron ajenas a la severidad asociada en mi país con el culto católico. Le hice esta observación a mi compatriota, pretexto para iniciar el diálogo. Me miró un instante, perpleja, antes de hablar.

—Pero esta santa era puta.

Para abreviar: pasamos juntos un largo fin de semana en Veracruz. Nos comportamos como buenos turistas. Tomamos tequila en el Zócalo, cautivados por las parejas que al atardecer acuden a bailar danzón ante una orquesta de músicos vestidos y calzados de blanco impecable. Comimos chiles en nogada. Visitamos la casa de Agustín Lara, su «casita blanca», y la de Salvador Díaz Mirón, convertida en un museo donde se callan los arrebatos de violencia que hacen simpático al poeta. Por la noche nos demorábamos, entre besos y caricias, descubriendo a lo lejos las luces de algún barco: nuestro cuarto de hotel estaba en el piso 18 de una torre frente al faro y en la puerta corrediza que permitía salir al balcón un anuncio aconsejaba «No abrir en caso de huracán».

Nada permitía sospechar que el regreso a Buenos Aires resultaría una catástrofe. Sin duda la mera distancia, la brisa cálida del Caribe, la cortesía mexicana habían postergado nuestro carácter cotidiano.

De estas reflexiones me devolvió al grupo y a la fogata una chispa que cayó sobre mi pie descalzo. El tema de borrarse de la vida pública a cierta edad había derivado en la convención teatral de celebrar «los adioses a la escena».

—Los franceses son incorregibles. Dos «grandes damas de la escena» anunciaron sus adioses, la sala se llenó, el espectáculo, previsto para dos semanas, se prolongó durante meses y, entusiasmadas, repitieron sus

«adioses» en la temporada siguiente; una, no recuerdo el nombre, se despidió cuatro años seguidos... Un cómico hizo un *one-man show* titulado «Mis verdaderos últimos adioses a la escena»...

—El único remedio contra envejecer es morir joven y convertirse en ídolo.

La intervención de Cecilia tuvo la virtud de callar a todo el grupo. Habíamos dejado pasar la ocasión de ser James Dean, algunos habían superado incluso la edad final de Elvis Presley, a ninguno dejó indiferente ese involuntario, lapidario *memento mori*. El silencio derivó en renuncia a renovar la leña de la fogata, a comprobar que la botella de whisky estaba vacía, y hacía un largo rato que lo estaba, a incorporarnos y volver al hotel.

De vuelta en Buenos Aires reviso un cuaderno de los meses pasados:

«Hace más de diez minutos que saltó de la cama y se encerró en el baño, oigo el agua mansa que cae en el lavatorio, regular, sin la interrupción de una mano que se interponga, no oigo la ducha, tampoco el mínimo rumor del bidet, ningún movimiento.

»Me pregunto qué habrá inventado ahora. La primera vez se cortó las venas de la muñeca izquierda con una hoja de afeitar, al día siguiente me sentí obligado a desterrar de mis costumbres ese objeto arcaico al que permanecía fiel, por otra parte siempre se las corta horizontalmente y es sabido que solo una incisión longitudinal asegura que la sangre fluya abundante, definitivamente. Otra vez la encontré en la bañera, el agua ya empezaba a teñirse de rojo, ella tenía los ojos muy abiertos, fijos en algo acaso solo visible para ella.

»Lo peor es que no recuerdo qué palabras mías pudieron provocarla en cada ocasión, a menos que sea mi silencio ante su pedido, siempre reiterado, de mudarse a vivir conmigo, creo que ya la primera vez le expliqué que no puedo soportar siquiera la idea de convivir, que me parece más sano verse para las horas del amor y no compartir malhumor y rutina, preservar esos momentos de silencio y soledad que me son valiosos y me temo que ella no necesite.

»A veces me pregunto por qué no clausuro esta relación, será porque las mujeres desvalidas siempre me pudieron, aunque no sé si ella es tan desvalida como le gusta mostrarse, si es cierto que se ha vuelto tan dependiente de mí, si no la halaga que su actuación halague mi parte más oscura.

»Voy a esperar unos minutos más antes de ir al baño y descubrir qué ha inventado hoy, si es necesario llamar a un médico o si bastará con que se quede a dormir, vendada, silenciosa, acusadora, acurrucada contra mí, sabiendo que lo que más detesto es despertarme con alguien al lado, aun la persona más deseada, aun una mujer querida. No hay sentimiento que compense el disgusto de no tener toda la cama para mí solo».

Soy un egoísta de mierda, me dije apenas leídas esas notas que tenían pocas semanas, a lo sumo tres meses de antigüedad. Inmediatamente me corregí: soy un hombre sensato, no me manipulará nadie, ni en el baño ni en la cama.

Y sin embargo, iba a sentirme invadido por ella, y de manera imprevista, cuando compré su nuevo libro de cuentos y me encontré con una crónica apenas ficcionalizada del último día en que nos vimos, ese día en que decidió partir y, como suele ocurrir, me sentí herido porque fuese ella quien tomara la iniciativa de la separación que yo venía deseando desde tiempo atrás. Lo que más me irritó del cuento es que hubiese elegido contarlo desde mi punto de vista. Me había invadido de una manera nueva, ya no en mi mente sino desde la página impresa. Entreví, sin embargo, la posibilidad de un alivio..., ¿sería posible que, al haber hecho pública, aunque anónimamente, su usurpación de mis sentimientos, me permitiese exorcizar su fantasma?

NATIVIDAD

Las palmeras, como impulsadas por una brisa suave, oscilaban perezosamente sobre la cabeza del asno, que asentía en muda aprobación ante el pesebre. La regularidad imperturbable de esa animación delataba su origen mecánico, y solo un respeto elemental, sin duda, había permitido que María, José y el Niño permanecieran inmóviles: ningún cable visible conectaba a una fuente de energía las expresiones atónitas de sus caras pintadas de colores vivos.

El hombre que observaba a ese grupo parecía hipnotizado: hacía largo rato que tenía clavada la mirada en su monótono espectáculo, sin prestar atención a los pacientes ni al

personal de la clínica que pasaban a su lado, indiferentes a esa ilustración del evangelio que ocupaba el centro de la recepción. Tardó unos segundos en advertir que alguien se le había acercado.

—Podemos irnos. Estoy bien.

La mujer sonreía como para tranquilizarlo, a pesar de las ojeras, de la mirada opaca, cansada.

Una vez en el automóvil, ella cerró los ojos y apoyó la cabeza sobre el brazo del hombre. Parecía dormir y él prefirió no hablar. La entrada a la capital se hizo penosa por la cantidad de vehículos que salían de los centros comerciales, cargados con regalos elegidos a último momento, con provisiones para el festejo. Al borde de la autopista empezaban a encenderse guirnaldas multicolores en las copas de los árboles. Estrellas de largas estelas luminosas, sostenidas por el alumbrado público, brillaban en el cielo aún claro de fin de una tarde de verano.

Ya habían superado el imperceptible límite entre suburbios residenciales y barrios caros de la ciudad. Ahora avanzaban lentamente, entre pausas frecuentes, por una avenida cubierta por tres carriles de automóviles.

—Sé que no era mío.

El hombre habló sin énfasis, con calculada neutralidad. La mujer no respondió ni reaccionó ante sus palabras. Él no pareció impacientarse y después de un momento de silencio volvió a hablar.

—Entiendo que no hayas querido pedirle dinero a tu marido, pero podías haber sido franca conmigo.

Ella separó la cabeza del hombro del conductor. Tenía los ojos muy abiertos, como si de pronto descubriese algo inesperado en la espesura del tráfico que les impedía avanzar. Él advirtió que había llevado una mano hacia la manija de la puerta y puso el seguro automático que le impediría abrirla. Ella lo advirtió.

—Déjame en la esquina, voy a tomar un taxi.

Habló serenamente. Ahora él ya no ocultaba su irritación: había esperado alguna incomodidad, un enojo, una respuesta, no el tono indiferente con que ella habló.

—No seas tonta. Te dejo como siempre, en la esquina de tu casa. Pero solo te pido que me digas de quién era.

El semáforo pasó del amarillo al rojo y quedaron detenidos en un cruce de avenidas, atrapados en un nuevo nudo de tráfico. Con un movimiento rápido, preciso, ella extendió una mano para quitar el seguro, abrió la puerta y ya en la calzada echó una mirada inexpresiva al hombre, sorprendido, mudo. Antes de perderse entre dos automóviles habló. Él no pudo oír las palabras pero leyó en sus labios dos sílabas.

—No sé.

Esa noche, una cálida noche de otoño, una de esas en que parecería que el verano no quiere despedirse, salí a caminar. Elegí calles arboladas, sin colectivos, evité las avenidas: Peña, Agüero, Charcas, me detuve un momento en la plaza Güemes antes de continuar por Medrano hasta Corrientes.

La verdad, tuve que admitirlo, es que su cuento no estaba mal. Conciso, muy breve, con algo de apunte no desarrollado, como todos los suyos, ese apuro y empuje que le habían ganado elogios y alguna, para mí, descaminada alusión a Chéjov. Hábil, también, enmarcar la anécdota del aborto nunca mencionado en los días previos a la Navidad, y terminar con ese «no sé» que pudiese haber dicho María si le hubiesen preguntado por su immaculada concepción...

Así que era eso el residuo que había guardado, más bien al que había dado forma entre los restos de nuestra relación... Me pregunté si yo podría hacer algo parecido. Inmediatamente me corregí: no, tengo que hacer distinto, muy distinto, algo que ella, cuando lo lea, entienda que es una respuesta a su cuento, y que ningún lector lo perciba.

Levanté la vista. El cielo no estaba siquiera negro. Una bruma gris amarillenta, desprendida de la electricidad que ensucia con anuncios publicitarios toda la ciudad, impedía ver la luna y las estrellas. Como si hubiesen muerto, todas, hacía tanto, tanto tiempo que ni siquiera su luz póstuma llegaba hasta mí.

Noches de tango

Viviremos los dos el cuarto de hora
de la danza nostálgica y maligna.
[...] Placer de dioses, baile perverso,
el tango es rito y es religión.

FROILO y RANDLE, *Danza maligna*

Hacía tiempo que venía observándola. Al principio abiertamente, sin disimular mi fascinación ante ese rostro que parecía diseñado por un bisturí; furtivo luego: temía que la insistencia de mi mirada, aunque ella no pareciera advertirla, pudiese incomodarla.

Cuando la sacaban a bailar, en cambio, me sentía libre de admirar sin disimulo su figura alta y delgada, la elegancia displicente de sus movimientos, el porte de la cabeza sobre un cuello fino que el pelo rubio ceniza revelaba y ocultaba al mecerse al compás de la música. Pero era la cara, apenas corregida por el maquillaje, lo que atraía mi mirada: rasgos donde lo artificial rozaba lo monstruoso pero resultaba, imprevistamente, una suerte de *bellezza medusea* (Praz): ojos hundidos, que parecían haber sido abiertos en una piel donde no habían nacido, pómulos y arcos sobre las cejas demasiado fuertes, como esculpidos en materia indócil, labios de carne abultada aunque sin la sensualidad prometida por la cirugía cosmética.

La miraba beber lentamente su champagne. Ella no concedía mucha atención a quienes la rodeaban. La acompañaba, siempre, una muchacha joven, de facciones regulares y sonrisa tímida, irremediamente desprovista de encanto, de ese atisbo de misterio que hace atractivas a muchas mujeres no bonitas. Recordé —un viejo lector de James nunca duerme— *The Beldonald Holbein*, el relato donde Lady Beldonald, belleza madura que se quiere

astuta, procura realzar sus encantos menguantes haciéndose acompañar por una anciana arrugada, marcada por la desdicha. Sus amigos artistas, fascinados por ese rostro que parecería salido de un grabado de Holbein, solo tienen ojos para la acompañante y muy pronto la eligen como modelo. Lady Beldonald aprende la lección: en la siguiente temporada londinense se presenta en sociedad acompañada por una joven anodina, ni siquiera fea.

¿Acaso había llegado a una conclusión parecida el objeto de mi curiosidad?

Una noche estuvimos sentados ante mesas vecinas. Creí que sabía disimular mi curiosidad, pero en algún momento ella me sorprendió con los ojos clavados en la proeza quirúrgica que enmarcaba su pelo lacio, suelto. No pareció molestarse; al contrario, esbozó una sonrisa.

—Usted me reconoció, ¿verdad?

Confuso, sorprendido en mi indiscreción, oí salir de mi boca, casi inmediata, una réplica oportuna de la que no me hubiese creído capaz.

—Sí, pero no me atrevía a pensar que fuera realmente usted.

La sonrisa se declaró y sentí que debía invitarla a bailar. Creo que el dj había elegido *Vida mía* por Fresedo. Resultó livianísima en mis brazos y resolvió sin esfuerzo ni reproche las indecisiones que yo, cohibido, no pude evitar. Fue el final de la tanda de tangos y volvimos a nuestras mesas. En ese momento un hombre se acercó a saludarla. Esa intrusión me permitió alejarme.

En la puerta me crucé con el Turco, mandíbula inquieta sobre boca desdentada, camisa hawaiana y canas ralas atadas en la nuca con una gomita. Le pregunté quién era la desconocida con quien había bailado.

—¿Cómo? ¿No te acordás?

Me resumió la breve pero no fulgurante carrera de Natalia Franz, «gatita» desvestida y acosada por cómicos ancianos u obesos en varias temporadas del teatro de revistas y de programas supuestamente humorísticos en la televisión. No parecía destinada a triunfos mejores y mayores cuando un accidente de motocicleta la desfiguró. Ocho visitas al quirófano en el espacio de dos años produjeron el milagro que había cautivado mi mirada: un rostro diseñado, no vivido, donde solo el resplandor de los ojos, hundidos pero

alertas, demostraba la existencia de un ser vivo detrás de la máscara congelada, incorporada.

Para agradecerle al Turco el informe me vi obligado a comprarle un gramo. Lo acompañé al «Caballeros» para disimular una transacción que, nadie lo ignoraba, era la única razón de su presencia en la milonga. Entre la común y la que él denominó Gold elegí la primera, a mitad del precio de la segunda; la mala calidad del producto que el Turco distribuía no justificaba extravagancias, y por otra parte ya hacía dos años que yo no probaba. Una vez en la vereda, le regalé el «papelito» al cuidador de automóviles, improbable consumidor, posible revendedor.

Pocos días más tarde le conté el episodio a Flavia.

—Debe ser otra. Me acuerdo de la Franz. Murió en el quirófano hace años. No resistió a la anestesia.

La siguiente vez que la vi estaba bailando con un hombre de edad indefinida, el peluquín aplicado sobre los restos de pelo propio, teñidos estos de ese negro que delata por contraste la piel seca, surcada, de donde no podría crecer pelo tan lustroso, bien irrigado. La coquetería que acepto en las mujeres siempre me pareció patética en los hombres: reflejo sin duda de un sexismo arcaico. Me apresuro en contradecirme: patético en los hombres de cierta edad, donde el disimulo de los años guía la operación; en los jóvenes me divierten los mechones desaparejos, teñidos de colores sintéticos y las incrustaciones metálicas en orejas o pómulos.

Fue la observación de ese viejo encubierto lo que me hizo atender a un aspecto del público que hasta ese momento no me había llamado la atención. La mayoría de las mujeres estaban pesadamente maquilladas, la cara cubierta por una costra colorida, el pelo inmovilizado en construcciones hieráticas o quemado en una confusión de minúsculos rizos. El exceso de rasgos exteriores de feminidad las hacía parecer travestis y no les confería, por cierto, ningún remedo de juventud. Muchos de los hombres habían extendido la tintura del pelo a las cejas y al bigote, abandonando la piel a una palidez casi mortuoria. Pensé en el tratamiento que las pompas fúnebres otorgan a los cadáveres en los Estados Unidos, un barnizado que lejos de simular un sueño beatífico sugiere las expresiones impávidas de los maniqués de un museo de

cera. Comparadas con esas caretas, las cirugías de Natalia Franz, me dije, pertenecían a otro ámbito: un artificio brutal pero también casi ascético. Podían atraparme la mirada, morbosa sin duda, mientras que estas criaturas me hacían desviarla bruscamente, sin dirección, como si temiera un contagio.

Pompas fúnebres... Creo que en el momento en que esas palabras vinieron a mi encuentro me asaltó un malestar indefinido, un miedo sin objeto. Salí a la calle, donde algunas parejas venerables fumaban los cigarrillos vedados en el interior. Fuera de la luz cómplice de la milonga, el alumbrado público subrayaba lo tosco de esas máscaras laboriosas. Una de las mujeres me sonrió sin abrir la boca, como quien no se atreve a revelar algún desastre dental; acaso, como el Turco, no confiaba en las bondades de una prótesis. Me alejé sin mirar hacia atrás, doblé en Acevedo, salí a Córdoba.

En aquel momento estaba desarrollando una idea sugerida por un amigo cineasta, con un guion por meta. Los chinos, me decía, no quieren morir fuera de su tierra; si eso ocurriera, el alma no hallaría reposo. Un grupo de ancianos chinos, al sentir acercarse el final de sus días, asocian sus humildes ahorros para pagar un barco que los llevará de San Francisco a Cantón o a Taipéi. (Un barco..., idea romántica, anacrónica. ¿Hoy no sería más fácil charter un avión? San Francisco también me inspiraba dudas, con su Chinatown demasiado famoso. ¿Por qué no Lima?) El capitán y la tripulación los engañan, los abandonan en un puerto cualquiera, acaso Hawái. Al descubrir la superchería, algunos ancianos mueren en medio de la angustia. Un joven marino, que no ha sido cómplice de sus superiores, se erige en redentor del grupo y consigue unos puñados de tierra china simbólica, arrancados del jardín del consulado, para que apoyen sobre ellos la cabeza cuando sientan que llega el fin.

La idea me parecía atractiva, como suele atraerme todo lo irracional que guía la conducta humana, pero no le veía desarrollo cinematográfico para ese final, válido en un cuento pero al que sería difícil darle fuerza en la pantalla. Se me ocurrió proponerle a mi amigo cineasta una historia sin relación con China: la de unos ancianos milongueros, premiados al morir con una milonga fuera del tiempo, donde sobrevivirían indefinidamente, felices, consagrados al rito que observaron en vida. Más tarde iba a entender que la idea, si no

había surgido de mis observaciones de Villa Crespo, al menos estaba alimentada por ellas. El final sería la comprensión, por parte de un observador que cree haber descubierto por azar esa milonga, de que también él ha muerto. Mi amigo no quedó convencido.

—¿Más mórbido no se te ocurre nada?

En todo caso, Natalia Franz estaba viva. Al día siguiente de haber bailado con ella su perfume tenue, floral, permanecía en mi mejilla derecha. Me pregunté cómo se la vería de día, fuera de esa pequeña milonga de luces tamizadas, color miel. Acaso no se expusiera a la luz del sol..., aunque hacía una semana que el sol estaba escondido detrás de nubes más o menos tenaces. ¿Dónde viviría? Su nombre, probable seudónimo, no aparecía en la guía telefónica. Me distraía, me entretenía con estas preguntas ociosas mientras postergaba la busca de un desenlace novelesco, visualmente intenso, para la idea de película propuesta por mi amigo.

Una noche volví sin entusiasmo, sin mucha confianza en la posibilidad de ver ese rostro fabricado, a la milonga de Villa Crespo. Me pareció reconocer el mismo elenco, u otro indistinguible. De pie ante el bar pasé un momento observando a los bailarines. A mi lado, el dj desdeñaba las ventajas de una *laptop* como la que en Canning había visto usar a Boggio; no había siquiera llegado a la cinta magnética: manipulaba con destreza asombrosa una serie de LP que alternaba sobre dos platos.

Busqué sin éxito a Natalia Franz entre la concurrencia. Ya estaba por irme, vencido, cuando la reconocí en la penumbra de un rincón, con su habitual, casi invisible compañera. No la había visto entrar y hubiese jurado que cuando un momento antes pasé la mirada por esa mesa nadie la ocupaba. Decidí un abordaje directo.

—Cuando bailamos la semana pasada su perfume me siguió durante varios días. No pude dejar de recordarla. Es el de una flor... ¿Cuál?

Se rio bajito.

—Por culpa de ese perfume los amigos me llamaban Narda.

Bailamos *La bordona* por Troilo. En algún momento mi mirada, atenta a no tropezar con otras parejas en esa pista de pequeñas dimensiones, tropezó en cambio con nuestro reflejo en un espejo. Reconocí a Natalia Franz, o a la

mujer que yo creía tal, pero el hombre que bailaba con ella me pareció una caricatura del que yo creía ser. ¿Era posible que estuviese tan avejentado, que mi silueta, poco elegante, lo sabía, fuera realmente tan ingrata? Desvié la mirada, como otra noche ante una sonrisa que me habían dirigido en la vereda. En la mesa del rincón en penumbras me pareció ver otra sonrisa, cómplice, apenas burlona, de la joven acompañante de Natalia, como si hubiese podido adivinar lo que yo sentía.

No sé con qué excusa abandoné esa milonga y me alejé de Villa Crespo. Llamé desde mi celular a Flavia y le conté una vez más lo que me había ocurrido.

—Tené cuidado, podés quedar preso de tu propia ficción. Me visto y te encuentro. Hoy es jueves, vamos a Niño Bien.

La esperé en la puerta del club leonés de la calle Humberto Primo, cuyo primer piso, hasta no hace muchos años, se animaba todos los jueves con una de mis milongas preferidas. Antes de que Flavia llegase, y me rescatara de lo que ella había llamado mi propia ficción, me dije que era mejor dar por terminados mis días de explorador. Ya no era tan joven como para deslumbrarme con fantasmas y arcanos. De ahora en adelante me limitaría a mis milongas preferidas, a bailar con amigas, a olvidarme de los misterios peligrosos y la mala literatura que acechan en calles poco iluminadas y minúsculas pistas. Si algo querían decirme, prefería ignorarlo hasta que llegase el momento en que ya no pudiese evitarlo.

Esa noche Flavia y yo hicimos el cierre.

Para Flavia Costa

Insomnios

El mundo y la ciudad donde todo ocurrió
estaban saturados de historias.

FOGWILL, *La experiencia sensible*

Hay noches de verano en que poco antes de amanecer una brisa fresca alivia el calor de Buenos Aires. Los árboles parecen despertar y el follaje se mece perezoso. Todavía no ha aclarado, pero ya se siente en el aire una levedad, una promesa, algo indefinido. Poco más tarde el cielo irá iluminándose sin prisa; una vez más, la mañana confirmará que aquella promesa había sido ilusoria, y poco a poco el calor se insinuará hasta imponerse. Pero antes de que el día se afirme, durante esa hora en que la noche parece frágil pero no claudica, el hombre que no ha querido volver a su casa porque sabe que el sueño no lo espera, que las siluetas fugaces que cruza en su errancia son menos temibles que los fantasmas instalados en su dormitorio, ese hombre busca un bar aún abierto.

No va al azar, sabe cuáles pueden ser, pero no siempre los que conoce y frecuenta han resistido hasta el momento en que los busca. El último cliente puede haberse despedido minutos antes y el bar no tiene por qué esperar un ave nocturna tan tardía. A veces el desvelado solo encuentra luces amortiguadas, sillas sobre las mesas, y entrevé una silueta que lava el piso de la cocina. Pero si encuentra uno abierto encontrará también un barman amigo y podrá hablar mientras bebe, o más bien escucharlo, porque el barman ya ha oído demasiadas confidencias, a veces meros soliloquios, y ahora tiene ganas de hablar él, de contar algo, de ser escuchado. El hombre que allí ha buscado

refugio se siente contento de no tener que hablar; de él, solo se espera que intercale algún comentario breve sin interrumpir el relato, acaso un simple movimiento de cabeza, un tácito asentimiento, una mirada solidaria.

Y como es escritor se le ocurre que lo que escucha puede guardar el germen de un cuento, algo que valdría la pena desarrollar. A veces lo asalta el impulso de tomar notas en la delgada libreta que siempre lleva en el bolsillo, pero siente que ese gesto podría cortar sin remedio el lazo de confianza que hace posible la conversación. Una vez en su casa, a la luz temprana que se filtra por los intersticios de la persiana calada, tomará notas en un cuaderno, que por superstición prefiere a la pantalla luminosa adonde más tarde llevará, con muchos cambios, esa primera redacción. Intentará recobrar la entonación, el vocabulario, aun las pausas de lo que oyó pocas horas atrás.

Del cuaderno de notas del escritor:

—Mi tío Mauricio se especializó en el transporte de muertos de la provincia a la capital. Nunca entendí por qué hay que recurrir a una empresa de pompas fúnebres, tanto papeleo que llenar, impuestos que pagar, para traer a Buenos Aires, y enterrar aquí, a alguien que murió, digamos, a pocos kilómetros de la ampulosamente llamada Ciudad Autónoma de Buenos Aires, que hasta no hace mucho era la Capital Federal. Aunque sabemos que toda excusa es buena para que el Estado esquilme a los ciudadanos. Pero esto es otra historia.

Mi tío Mauricio, decía, tenía una agencia de remises en Quilmes. De paso: me pregunto cómo llegó esa palabra de origen francés, y que en su original significa sencillamente depósito, a designar en la Argentina a los automóviles alquilados con chofer para un trayecto determinado y por un precio fijo. Algo distinto de los taxis que cobran según un reloj más o menos fidedigno, ese taxímetro cuya abreviatura pasó a designar al vehículo. Pero no vamos a internarnos en este tema.

Mi tío Mauricio entendió que había un filón por explotar la noche en que lo llamaron de un locutorio, en cuyo cuarto trasero, lo que entonces aún no

llamaban *backroom*, operaban varias travestis después de medianoche. Parece que un cliente sufrió un paro cardíaco mientras tenía en la boca los generosos dones que la naturaleza había otorgado a una de esas criaturas. Usted sabe, exhiben signos exteriores de feminidad para mejor satisfacer la feminidad escondida de tantos que cultivan signos exteriores de virilidad.

Apenas comprobado el deceso, las travestis huyeron espantadas como cuervos de campanario cuando suenan las doce. El encargado del locutorio llamó al dueño, que dormía en su irreprochable lecho conyugal, y fue este quien llamó a mi tío Mauricio. Cuando llegó, ya el encargado y el dueño habían revisado los bolsillos del difunto, y si se habían quedado con algún efectivo u otro valor nunca lo sabremos, aunque mi tío Mauricio observó que en la muñeca izquierda del cadáver faltaba el reloj de pulsera cuya marca delatora estaba visible, blanca en la piel. Lo que le mostraron fue un documento de identidad donde aparecía un domicilio en la Capital.

Al encargado le ordenaron que acompañara a mi tío Mauricio. El dueño ofreció la botella de whisky, nacional por supuesto, con que empapar al difunto: en caso de un control, estaban acompañando a su casa a un amigo pasado de copas. Así fue como partieron, mi tío Mauricio al volante, el encargado del locutorio en el asiento trasero con la cabeza del cuerpo inerte apoyada en su hombro y el olor penetrante del whisky impregnando todo el vehículo. Pasaron por Avellaneda, ingresaron en la Capital sin que ningún control policial los detuviera. Una vez a salvo, no se preocuparon por buscar la calle y el número leído en el documento de identidad. Al pasar de la avenida Vélez Sarsfield a la silenciosa y desierta avenida Amancio Alcorta, sin detener la marcha del vehículo, el encargado abrió la puerta trasera y descargó a su involuntario acompañante en la vereda del hospital Muñiz.

Nunca sabré cuánto cobró mi tío Mauricio por ese transporte, mucho más, supongo, de lo que cobraba por uno de sus viajes habituales. Años más tarde, cuando contó la historia, nadie se escandalizó en la familia ni demostró curiosidad por conocer la suma pagada: nada significarían aquellos pesos después de años de convertibilidad y devaluaciones. Lo cierto es que aquella noche le vino la idea de ofrecer ese servicio a las familias que dudaban entre pagar las costosas tarifas de cualquier empresa de pompas fúnebres, por algo

aún se llamaban cocherías, o enterrar al difunto en el cementerio más cercano al lugar de su muerte.

¿Cómo proponerlo discretamente? Creo que fue, también, el principio de su buena relación con los patrulleros de la Bonaerense y las guardias de los hospitales, gente toda sin interés en favorecer a las cocherías y agradecida por cualquier suplemento a sus flacos ingresos. Y, a pesar de su cuidado en ventilar el coche después de cada transporte, un penetrante olor a alcohol barato se fue haciendo difícil de disipar y provocó más de una queja de los pasajeros vivos.

Una consecuencia imprevista de este renovado horizonte laboral fue la separación de su esposa, mi tía Paulina. Pero esta es otra historia.

Es difícil entender cómo funciona la intuición, sin duda alimentada por la experiencia, que permite al escritor reconocer en una historia escuchada la posibilidad de un cuento. Es probable que no haya certeza alguna, que al llegar a su casa tome notas sin saberles destino. Acaso escriba solo para creer que la noche no estuvo perdida, y confíe al papel un residuo, que sabe pobre, de su vagabundeo y de tantos vasos de vodka.

En algún momento empezarán a pesarle los párpados, o sentirá que la luz del día creciente le hiere la mirada. Será el momento en que cederá al sueño. Avanza, semidormido, hacia un lecho que ya no siente amenazante, porque del descenso a los infiernos de lo soñado emergerá a principios de la tarde sin recuerdo alguno de las peripecias que lo asediaron.

El día pasará insensiblemente. No necesita preocuparse por cuestiones prácticas: tiene dinero suficiente para ocho meses aún y ha decidido no inquietarse por lo que ocurrirá después. Se había prometido un año que le divertía llamar «sabático» aunque ningún vínculo lo ataba a una institución. Un premio literario reciente, pensaba, le permitiría viajar y ese ocio que dicen creativo; en realidad, le trajo un tiempo libre, el que resucita preguntas archivadas y hace angustioso el paso de los días.

Se prepara unos mates y mientras los toma revisa sus notas; más tarde las reescribirá en la pantalla luminosa y agregará algún comentario. Una amiga

lo llama para recordarle que está invitado a un estreno de teatro y él improvisa una excusa verosímil para su ausencia. El calor no amaina con la caída, aún tardía, del sol. Comerá algo en el bar de la esquina y retomará su deambular nocturno.

Del cuaderno de notas del escritor:

—Usted no se acuerda de mí. No esperaba que se acordase. ¿Por qué se acordaría? Yo lo reconocí por la foto en la solapa de uno de sus libros y me atreví a hablarle. Era una noche en Pastroudis, el restaurante tradicional que aún existe, o por lo menos existía hace quince años, en Alejandría. Estábamos sentados en mesas vecinas y a mí me hizo gracia que usted pidiera pescado a la Kavafis. Sí, le pusieron al plato el nombre del poeta, vaya uno a saber si era su plato preferido, salmón con almendras... Fue por culpa del poeta, entonces, que nos pusimos a hablar. Creo que usted pensó que yo estaba loca cuando le dije que iba a buscar un cine secreto, abandonado, que un francés había hecho construir en el desierto de Sinaí. Y sin embargo era cierto, todo era cierto, que el cine existía y que yo iba a buscarlo. Cuando había oído hablar del cine «secreto», «perdido», tomé nota de que el punto más cercano era Sharm-El-Sheik, y allí fui, la punta sur de Sinaí, donde la península termina en el mar Rojo.

Lo que no me esperaba era encontrarme con un Sheraton, ya que hubiese un aeropuerto cercano me dio mala espina, después me enteré de que allí habían hecho varias reuniones diplomáticas, de esas que dicen que buscan la paz en el Medio Oriente, a otro con esos cuentos, pero no me esperaba una playa con sombrillas y oír hablar alemán, francés, en fin todo ese turismo que siempre anda buscando un destino fuera de lo común, como si pudieran encontrarlo, gente berreta de la Unión Europea. En todo caso Sharm-El-Sheik estuvo ocupado por los israelíes varios años antes de que una de esas reuniones por lo menos consiguiera que le devolvieran la península a Egipto. Pero me estoy yendo del tema. Allí contraté a un guía y nos internamos en el desierto en un 4 3 4, no piense en caminos, pronto se acaban y pasamos a

sendas marcadas por beduinos. A las pocas horas lo vi.

Me habían hablado de la pantalla gigante, de las filas de sillas de madera pintada que habían comprado a algún viejo cine de El Cairo... El francés loco que lo hizo construir, se me ocurre que alucinado, nuevo rico, sin duda mucha droga, su idea era proyectar películas de ciencia ficción a la luz de las estrellas. ¿Se da cuenta? Son horas a través del desierto desde la población más cercana... Bueno, abrevio. De la pantalla no queda nada, de la cabina de proyección menos, pero el cine existió, la madera de las sillas, con motivos pintados como si fueran incrustaciones, está abandonada en la arena, se robaron todo lo que era metal, sin duda para revenderlo, y esos asientos y respaldos hermosos quedaron tirados allí. El guía me contó que nunca llegaron a proyectar una película. La noche de la inauguración, con el gobernador de la provincia y muchos invitados oficiales, alguien hizo saltar el generador eléctrico, intrigas políticas, odio a los extranjeros, vaya uno a saber. Pero hubo un cine, yo vi las ruinas. Yo las vi.

Él nunca estuvo en Alejandría.

Se pregunta si esa mujer estuvo realmente en el desierto de Sinaí, si vio las ruinas de ese proyecto demente o si solo las soñó como lo soñó a él en Alejandría. No le pareció más mitómana que cualquier mujer madura después de varias copas, después de medianoche, después de haber abordado, sin duda, a más de un desconocido. Se pregunta si esa era su historia, la única, la busca de un cine abandonado en medio del desierto, a gran distancia de cualquier camino y poblado, o si tenía otras, un repertorio del que iba eligiendo historias, variándolas, adaptándolas según la impresión que le producía cada nuevo interlocutor. En castellano cuento puede ser sinónimo de mentira, y la mujer que cuenta mentiras es una cuentera.

No todas las noches prodigan encuentros interesantes. Ha aprendido a huir al primer indicio de patetismo: el sobreviviente del mundo del tango, personaje que hubiese creído extinto, mirada nublada, mujer que se fue con otro; también el viudo inconsolable, y el abrumado por un diagnóstico temido, anunciado pocas horas atrás. A veces prefiere fingir que no oye,

clava la mirada en el vaso donde un cubo de hielo se va deshaciendo, o en el espejo donde para su tranquilidad no puede verse porque una hilera de botellas cubren el reflejo.

Y siempre el refugio de la calle, desierta o cruzada por sombras que no le parecen más reales que él. Una de ellas, anoche, sin decirle una palabra, casi sin detenerse, le puso en la mano una hoja de papel. Iba a dejarla caer cuando se dio cuenta de que no era una publicidad, ni el anuncio de una sauna atendida por jovencitas dóciles ni el de algún servicio más especializado. La guardó en un bolsillo. Más tarde la leería. Sentía una vaga curiosidad, y ninguna urgencia, por enterarse de su contenido.

Hoja pegada al cuaderno de notas del escritor:

Usted es mi doble. No se asuste. Hace tiempo que lo cruzo por las mismas calles que yo recorro en mi insomnio. No nos conocemos y es mejor que sea así. Me pregunto, simplemente, si nos trabaja una misma angustia. Si usted no puede o no quiere enfrentar la noche en una habitación donde los objetos, un cuadro, un libro, le hablan del que usted fue, de algo que deseó y no obtuvo, de ese yo muerto pero que ronda tenaz como las personas ausentes que quisimos, o nos quisieron y no quisimos, o a las que hicimos mal. Es durante la noche que nos resulta imposible ignorar el paso del tiempo. Durante el día cualquier ocupación nos distrae. A la noche sabemos que amanecerá, no un día más, sino uno menos de nuestra vida. Escribo estas líneas porque sé que en algún momento de la noche, esta noche o cualquier otra, volveré a cruzarme con usted. Y aunque prefiero no hablarle, ni que nos veamos las caras, quisiera que sepa, ¿qué? Acaso, solamente, que usted no es único.

Esta lectura le produce una sorda irritación. Se siente invadido, no porque aspirase a que su condición fuese excepcional, única, simplemente porque alguien ha pretendido ser su doble, su sombra, y se lo dice, a él, que solo

buscaba llenar con historias ajenas su propio vacío.

Mientras la lee, ya entrada la mañana siguiente, ya desvanecido el fresco de la noche pasada, se resiste a la tentación de romperla y la pega en su cuaderno. Como un desafío. Si la intención de quien la escribió, se dice, era anunciarle un *memento mori*, él va a recurrir al único exorcismo que conoce, al que le sirvió para conjurar tantas otras cosas: convertir ese mensaje en literatura.

Le viene a la mente una palabra japonesa: *kintsugi*, el arte de llenar las rajaduras de una porcelana con laca, con una resina donde se ha disuelto oro. En vez de disimular la falla, esa operación la resalta con un color vivo, con una sustancia preciosa. El objeto, lejos de ser desechado, se vuelve más valioso: luce las cicatrices del tiempo.

Para Rafael Ferro

Tierra colorada

... siento a Areguá como algo que vive y tiene memoria...

GABRIEL CASACCIA

El chico tiene los ojos entrecerrados, esperando que el sueño los cierre del todo. Pero el sueño no llega. La noche está llena de rumores, roce de follajes cercanos, respiración de los perros que duermen a sus pies. Él se mueve apenas, lo suficiente para mecer la hamaca en que está acostado, y ese movimiento no pasa inadvertido para su abuela. Hundida en un alto sillón de mimbre, la mujer tampoco puede dormir y habla:

—Sabía que iba a hacer calor, mucho calor. Desde la mañana cantaban las chicharras, y a la tarde también. Pero si te quedás quieto el sueño va a llegar, solo los viejos como yo podemos pasar sin dormir toda la noche, y a la mañana nos levantamos sin cansancio. A tu edad, el sueño es una bendición. Como el apetito. Yo ya casi no como.

El chico escucha la música del idioma guaraní como si la voz le llegara de lejos, de un sueño que no tiene. Cierra los ojos y sabe que la abuela seguirá hablando, con la misma voz queda, pausada, como si se hablara a sí misma.

—Tu abuelo tampoco dormía cuando un calor como este anuncia tormenta. A veces él veía la luz mala, yo nunca la vi. Un resplandor, una llama que pasa corriendo sobre la tierra colorada. Algunos dicen que es el alma de los difuntos que no pueden encontrar reposo en el más allá. La gente, si en medio de la noche se cruza con la luz, se persigna. Pero tu abuelo tenía otras ideas, como siempre. Tampoco les creía a los que hablaban del perro

blanco sin cabeza que custodia un lugar. Él se quedaba callado pero anotaba el lugar donde se apagaba la luz, casi siempre al pie de un tala. Y a la mañana iba allí, a cavar.

El chico sabe la historia que la abuela va a contar, la ha escuchado muchas veces, con pequeñas variaciones, y podría repetirla él mismo si se lo pidieran.

—Así murió. Como muchos otros que cavaron, cavaron y se les vino encima la tierra que echaban a un lado del pozo, quedaron enterrados vivos por su propia mano. Pero la plata *yvyguy* no es para cualquiera. Quién sabe qué pecados cargaban, que en vez de desenterrar un tesoro se enterraron ellos mismos.

El chico espera las variaciones, que no tardarán. Algunas noches es la plata enterrada por los jesuitas cuando debieron abandonar las «reducciones». Otras, es el tesoro escondido por el Mariscal ante la invasión de la Guerra Grande. Y a veces también los bienes, pocos o muchos, joyas, cubiertos, vasijas, que las familias enterraban para sustraerlos al pillaje de las tropas argentinas y brasileñas durante aquella guerra. Dejaban marcado el lugar en el tronco de un árbol.

La abuela heredó esos relatos de su propia abuela. También cuenta de mujeres «residentas» y mujeres «destinadas», pero no se preocupa por explicar de qué trata y esas palabras se graban en la memoria del chico con un halo de misterio que guardará hasta que años más tarde, becado para estudiar en Europa, lea en libros de historia lo que su abuela no le dijo, lo que sus padres no le explicaron porque ya no estaban a su lado.

—A medida que los brasileños y los argentinos avanzaban, y los uruguayos se ocupaban del abastecimiento en Montevideo y hacían buenos negocios, las mujeres llevaban a los viejos y a los niños lejos del campo de batalla, a las residencias que el Mariscal les indicaba. Y durante la guerra esas mujeres sembraron la tierra, hilaron algodón. Cuando terminó la guerra, casi no quedaban hombres. Escaseaban los alimentos, algunas murieron de hambre, y sin embargo fueron las mujeres quienes reconstruyeron el país: mandioca, tabaco, caña, todos los cultivos estuvieron en manos de mujeres.

El chico ha terminado por dormirse pero en su sueño el relato de la abuela

se prolonga en nuevas variaciones. Cree haber entendido qué fueron las «residentas», otro día preguntará por las «destinadas».

La edad de su abuela le parece inimaginable. Como no sabe medir el tiempo, no se da cuenta de que no pudo vivir la Guerra Grande, solamente la del Chaco. Pero acaso porque esta la vivió, no la cuenta. O tal vez porque de esta no hay leyendas heredadas, ni plata *yvyguy* enterrada.

Cuentan dos finales para esta historia, si es que es una historia y no solamente recuerdos tenaces de una infancia solitaria. Nunca sabremos cuál ocurrió en lo que llaman la realidad, pero es posible que ambos sean dos caras de un mismo final.

En los dos, el chico que escucha los relatos de su abuela a fines de los años ochenta del siglo XX es, a principios del siglo XXI, profesor en una universidad europea y vuelve por primera vez a su Paraguay natal. La abuela ha muerto hace tiempo. Él busca la tumba en el cementerio de Areguá y no la encuentra. Piensa que tal vez no la hayan enterrado allí, más bien que ella eligió que sus restos se mezclaran con la tierra colorada, no consagrada, esa tierra que quiso tanto, cerca del rancho donde vivió toda su vida.

No le resulta difícil encontrar una ruina donde reconoce sin embargo la forma del alero del rancho, los árboles entre los que se tendía la hamaca donde durmió tantos años. En uno de ellos, distingue en lo alto del tronco una marca, una incisión que parece hecha por mano humana; alguna vez debe haber estado mucho más baja, al alcance de esa mano. No es una letra ni tiene forma reconocible, pero a él le vuelven a la memoria las historias contadas por su abuela y a la mañana siguiente está de vuelta en el lugar con una pala. Horas, acaso días más tarde, olvidando la fecha de regreso en su pasaje de avión, la de retomar sus cursos en la universidad francesa de provincias, desentierra unos trapos casi deshechos por la humedad y los hongos.

En el primer final, siente que contienen algo pesado, se diría metálico. Los abre y saca al aire una ametralladora liviana en la que descifra la identificación INA calibre 45, dos revólveres calibre 38 y un dispositivo para el que desentierra también, esta vez de su memoria, la palabra *bazooka*, guardada de historietas de su adolescencia. Están, todos, en gran parte herrumbrados.

En el otro final, lo que saca a la luz son libros, fotocopias, cartas, que la humedad y los años han ido pudriendo. Al contacto con el aire se deshacen, aunque él los tome con todo el cuidado de que son capaces sus manos ahora callosas. Alcanza a leer algunas palabras: manual, urbana y un nombre medio borrado del que descifra las primeras letras: Mar... También, oxidada, desteñida, una fotografía de sus padres, muy jóvenes, sonrientes; al dorso una fecha: 1979.

Para Luna Paiva

Little Odessa

El cartel bilingüe anunciaba «Psychic - Гадание».

Lo había visto al llegar, no le había prestado atención, era uno de tantos, peluquería, mercado orgánico, saldos de ropa: todo duplicado en inglés y en ruso. Solo más tarde iba a detenerse ante él.

El subterráneo de Nueva York llegaba a Brighton Beach sobre vías elevadas, y el sol franco de una mañana de junio atravesaba el alto entramado de metal proyectando sobre el piso rayas de luz y de sombra. Había sido chico en un tiempo en que se jugaba a la rayuela; ahora, tantos años más tarde, obedeció a un recuerdo, se puso a saltar de una franja de luz a otra, y así avanzó un buen rato bajo el puente, aturdido por los trenes que pasaban sobre su cabeza.

Por primera vez en mucho tiempo se sentía liviano. Había cumplido cuarenta y nueve años y esperaba con cierta aprensión la cifra próxima, ominosa, del medio siglo. Para distraerse había ido en busca de una promesa de exotismo, y estaba internándose en territorio desconocido. Se había enterado de su existencia por alguna referencia periodística, no había visto imágenes que pudieran anticiparle, desgastarle la novedad esperada.

En cada esquina buscaba divisar el océano, sabía que estaba a su izquierda, pero en las calles que cruzaban la avenida solo entreveía edificios anónimos, fachadas descascaradas, un paisaje anodino, ajeno al ajetreo que

animaba ambos lados de las vías elevadas. Eran calles vacías, ningún transeúnte aliviaba su aire de abandono, como si todos hubiesen preferido escapar para reunirse en la avenida.

Se animó a una de ellas. Al pasar ante una puerta entreabierta salió a su encuentro una anciana en silla de ruedas. Era evidente que estaba habituada a manejarse sola. O a depender de la buena voluntad de desconocidos. Sonriente, dijo algo en un idioma que él no conocía, ruso sin duda, ídich no —su frecuentación del alemán le hubiese permitido reconocer alguna palabra— y con un gesto le dio a entender lo que esperaba: que empujase la silla en una dirección que señalaba con un gesto insistente, brazo flácido alzado, tintineo de pulseras. Él asintió sin vacilar.

Mientras empujaba la silla su mirada iba de la calle desierta a la cabeza de la inválida. Canas tenaces asomaban entre mechones teñidos de rojo. Como muchas mujeres de su edad, no había escatimado colores ni texturas en un maquillaje errático y sus rasgos habían quedado borroneados en un rostro que parecía colgar sobre los pliegues del cuello. A los pocos metros, lo asaltó la imagen de la pareja absurda que componían: desconocidos uno para el otro, unidos por una mutua incomprensión, obedeciendo él a un pedido cuya dirección había entendido pero cuya meta ignoraba.

Ese absurdo lo llenó de satisfacción: apenas llegado, ya ingresaba en una situación no buscada, el paseo dominical a tierra incógnita le regalaba un personaje. No necesitó sacar del bolsillo la libreta de apuntes que lo acompañaba todos los días de todos sus viajes. El escritor, se jactó, nunca descansa, no sabe qué futuro tendrán las notas que toma pero intuye que, de la página o de la memoria, algún día saldrán a la superficie e intentarán encontrar nueva vida.

Al llegar a la esquina vio el mar, ya no oculto por otros edificios. Asomaban también signos de vida. Una vida menguante: ancianos en su mayoría, pisando con cautela el escalón que les permitía acceder a la vereda, vecinos cuyo saludo a la amiga incluía al desconocido que la conducía, bastones, algún andador, a lo lejos otra silla de ruedas. Correspondió a los saludos con una sonrisa amplia, vagamente culpable: pedía perdón por su ignorancia del idioma en que le hablaban.

Una adolescente, shorts sobre piernas bien torneadas, remera sobre pechos firmes, llegó corriendo desde una playa ahora visible. Habló en inglés: gracias por ocuparse de la abuela, una impaciente, no puede esperar a que la pase a buscar, siempre aferrada al bolso, ni que guardase una fortuna, uno de estos días se va a llevar una sorpresa fea. La anciana gruñó, dedicó una mueca que no llegaba a ser sonrisa al desconocido que la había acompañado y derramó hacia la nieta reproches en ruso; ahora sí, él reconoció, sin entenderlos, la cadencia del idioma.

Pero estos personajes ocasionales no se demoraron en su atención. Ya podía ver el mar, el océano. La brisa no traía olor a sal, sin embargo parecía llegar de lejos, de alguna lejanía sin orilla. A ambos lados de su mirada se extendía una playa ancha, inesperadamente limpia, libre de los residuos que en su país de origen escapan a los tachos dispuestos para recibirlos. Distinguió unas pocas siluetas sentadas en la arena; otras, menos aún, en el agua; pequeñas en la distancia, eran la escala humana que permitía reconocer la amplitud del paisaje. Una rambla de tablones, comprobó asombrado, contento, se había salvado de todo intento de pavimentación e invitaba a caminar sin prisa.

Volna's, Tatiana's... Los restaurantes que bordeaban el paseo, sus mesas frente al mar, le parecieron un puesto de observación inmejorable. En el menú, redactado en ruso y en inglés, reconoció nombres que asociaba a cierto folklore ídish del que su familia siempre había querido distanciarse: *kreplach*, *varenikes*, *blintzes*, variaciones de la comida de los países donde sus antepasados se habían asentado durante generaciones; ellos u otros la habían importado al otro lado del océano.

Ahora, en una ociosa mañana de domingo, su vocación de turista cultural lo llevaba a aventurarse lejos de Manhattan, a este extremo marítimo de Brooklyn donde habían recalado los nostálgicos de otro mar. Esa curiosidad también se imponía a la prudencia: para asombro del mozo, que no había dudado en dirigirse a él en inglés pero parecía desconfiar de su capacidad digestiva, pidió los tres platos. Eran nombres postergados durante años. Y para demostrar que no ignoraba todo lo ruso pidió una botella de cerveza Baltika.

Comió sin prisa, con aplicación, cumpliendo con un deber elegido. Un mullido sopor lo fue invadiendo. A lo lejos el sol reverberaba sobre el agua dócil, tan lejana del oleaje del Atlántico sur. Qué mar tan pusilánime, pensó, y se rio en silencio de la palabra que se le había ocurrido. Entornó los ojos, más tarde los cerró por breves momentos, haciendo un esfuerzo para no dormirse acariciado por la brisa. Cuando consultó la hora descubrió que el tiempo había pasado insensiblemente; el aire era fresco, ya no tibio, las sombras sobre el paseo se habían alargado y la playa estaba desierta.

Un olor a fritura, inesperado, lo asaltó al entrar. Hubiese descontado los sahumeros evocadores de un oriente sintético, también algunos accesorios de convención, luz tamizada y colorida, signos del tarot en cortinas o paredes. Pero nada de esto, solo lo recibió una fritanga no identificable que impregnaba el minúsculo consultorio. Desde otra habitación, ¿tal vez una cocina?, le llegó una voz, le pareció que lo saludaba en ruso, sin duda algunas palabras pidiendo que esperase.

Se había dejado tentar por el aviso, a la altura de un primer piso al borde de la avenida; había subido una escalera angosta y al golpear la puerta que repetía, en letras desteñidas, el anuncio bilingüe —«Psychic - Гадание»—, esta se abrió sin intervención humana ni mecánica gracias a un desgaste bien preservado. El paso ensordecedor del tren sobre las vías elevadas, sin duda ya inaudible para los vecinos, le resultó incongruente con la serenidad esperada al abordar la consulta de una vidente. ¿Un vidente? Algún prejuicio, no se detuvo a analizarlo, le hizo suponer que esa facultad no es cosa de hombres.

Al rato apareció la mujer. Le bastó una rápida mirada para identificar al visitante y decir en inglés, ya no en ruso, sus disculpas por haberlo hecho esperar. Sostenía con ambas manos una fuente de lo que parecían delgadas croquetas, un papel de cocina absorbía el exceso de aceite entre ellas y la fuente. Él las reconoció inmediatamente.

—*Kartoffelpuffer!*

La mujer dejó de sonreír.

—*Latkes*, querrá decir.

Él prefirió no percibir un reproche.

—Solía comerlos en Berlín, de pie. Había un carrito frente a la Bahnhof Zoo que los freía y servía con puré de manzanas.

La mujer no depuso su tono severo.

—Berlín... Por lo menos no los conoció en Austria...

Solo en ese momento él le dedicó una mirada atenta. Recordó la frase escuchada a una amiga escritora: llegadas a cierta edad, las mujeres ya no tienen edad. Vestida con una bata de colores vivos, había elegido no disimular canas ni arrugas, pero un destello irónico, agudo, animaba la mirada alerta. Le pareció oportuno disipar la desconfianza que ella le dedicaba.

—Por si le interesa, soy judío.

—No me impresiona... Hay de todo entre los nuestros. Siéntese por favor. Su acento me resulta familiar pero no lo ubico. ¿De dónde es?

—Argentino. Pero viví muchos años en Europa.

—Entiendo. Mi mejor amiga era de Buenos Aires y hablaba ídish con ese acento medio italiano que me hacía gracia. Cuénteme qué anda buscando, por qué subió a verme. La consulta son cincuenta dólares.

—La verdad es que no estoy buscando nada. Vine a pasar el día para ver cómo era Little Odessa. ¿Usted es de Odessa?

—¿Y por qué le interesa Odessa?

—Mi abuela era de allí. Murió antes de que yo naciera. Pero mi madre contaba que siempre estaba comparando todo con Odessa, quejándose si las veredas del centro de Buenos Aires eran angostas, si los actores del teatro ídish no podían compararse con los que había visto en su juventud.

—¿Usted habla ídish?

—No...

—¿Ruso?

—Tampoco. Mis padres solo hablaban castellano, mis abuelos no sé. Pero le estoy contando mucho de mí y usted ni siquiera me ha dicho si es de Odessa.

—Si me cuenta es porque necesita hablar. Apuesto a que hace mucho que no le cuenta a nadie sobre su familia.

—Es cierto, pero si vengo a verla es para escucharla a usted. ¿Lee las líneas de la mano? ¿Tira las cartas? ¿Prefiere la astrología?

—Déjeme mirarlo a los ojos.

Sobrevino un momento de silencio. Él tomó una croqueta y la mordió con aprensión. Le pareció sabrosa. La comió sin prisa, mientras sus ojos recorrían el cuarto, empapelado intemporal, fotografías enmarcadas que la distancia no permitía observar, un afiche de teatro, aparentemente de un espectáculo musical. Masticaba lentamente y de tanto en tanto su mirada cruzaba la de la mujer, que seguía la suya sin distraerse. El ruido del tren que pasaba en ambas direcciones invadía el cuarto, poblaba el silencio compartido. Finalmente se decidió a preguntar algo, cualquier cosa, pero prefirió omitir la forma de pregunta: suponía que iba a quedar sin respuesta, como hasta ese momento todas las suyas. El recurso tuvo éxito.

—Usted es actriz.

—Quise serlo, de joven. Una ilusión, como cualquier otra. Cuando llegó esa edad en que ya no quedan ilusiones me asomé, estuve de visita en lo que es la vida de una actriz gracias a mi amiga Shifra.

—Su amiga de Buenos Aires...

—La gran Shifra Lerer...

—Lamento no saber quién es.

—Usted es argentino... Bueno, nació en la Argentina, en todo caso... Seguro que yo sé cosas de su país que usted no conoce...

—Y, no se sorprenda, tal vez yo sepa cosas de Odessa que usted ignora. Cuénteme quién era esa amiga argentina, esa actriz que yo nunca oí nombrar.

—No me extraña que no la conozca. Usted creció lejos del idioma. Y por lo que me dice, también lo mantuvieron lejos de la tradición. Shifra Lerer... Una grande... Estrella del teatro ídish... A los cinco años ya llenaba el escenario... Me hablaba de los teatros en el Buenos Aires de su juventud... Hasta recuerdo los nombres, tanto los mencionaba: Soleil, Ombú, Excelsior... Cantaba con su primer marido, Ben-Zion Witler, un *polak*... Me decía Shifra que eran los últimos años del teatro ídish en Buenos Aires, cada vez tenían menos público, solo viejos que se iban muriendo, los jóvenes ya no hablaban el idioma... Ellos seguían adelante, sin querer darse cuenta...

Él se sirvió un segundo *latke* e inmediatamente atacó un tercero. Su entusiasmo no pasó inadvertido.

—Veo que está sacándole el jugo a los cincuenta dólares que me va a dejar... Qué raro que su madre no le preparara latkes... Y más raro todavía que haya tenido que ir a Berlín para descubrirlos, y con ese nombre ridículo —se rio, y pronunció silabeando, como si tuviera en la boca un gusto desagradable—: Kartoffelpuffer...

—A mi madre no le gustaba cocinar. Lo hacía por obligación. Y no muy bien. Pero no tengo ganas de hablar de ella. Me gustaría saber más de su amiga, cómo la conoció. No me diga que usted estuvo en Buenos Aires...

—Cuando Shifra sintió que aquella época se acababa, se vino a Nueva York con el segundo marido, argentino este, también actor ídish... Ella lo sobrevivió... Todas las esposas sobreviven a los maridos, se sabe...

Hizo una pausa, pareció perdida en recuerdos que tal vez no quisiera compartir. Cuando volvió a hablar tenía en la voz un sollozo reprimido.

—Shifra... Actuó hasta cumplidos los noventa... Aquí la adoraban, hablaba ídish con acento de Buenos Aires... Les enseñaba a sus colegas un juego de naipes argentino... El burako... ¿Se dice así?

—Sí, creo que era una especie de gin rummy o de canasta, juegos que no llegué a conocer.

—Al final de su vida la llamó Woody Allen, no recuerdo para qué película... Todos los años, los pocos veteranos que no se fueron todavía visitan su tumba... Van a Flushing, al cementerio de Mount Hermon... Allí está el panteón de actores del teatro ídish... Y juegan una partida de burako sobre la lápida... Un homenaje a su memoria...

Ya no lo miraba. Se incorporó con dificultad.

—Voy a preparar un té —anunció mientras se dirigía al cuarto vecino—. Pero no espere más latkes, no hay más. Ya comió bastante por cincuenta dólares.

Ahora él estaba dispuesto a aceptar esa palabra, por simpatía hacia ella, para no ofenderla con la que había surgido en su memoria y despertaba quién sabe qué recuerdos o prejuicios. Cuando la vio volver con otra bandeja, una tetera, dos vasos, un azucarero, pensó que faltaba el samovar para que la

situación cumpliera con los requisitos de la nostalgia rusa; sin embargo, ella respetó la costumbre de beber el té en vaso y guardar en la boca un terrón de azúcar que el paso del té iba a empapar. Se lo dijo.

—Es la única manera de que el té se endulce solo lo necesario.

—Una costumbre rusa...

—Tal vez. Ruso. Ídish, aquí todo es Odessa. La gente que se instaló en Brighton Beach, la mayoría nunca estuvo en Moscú. Y en los últimos años llegó mucho inmigrante de Kazajistán, de Uzbekistán. Buena gente, no crean problemas. Hablan mal el ruso y unos pocos hablan ídish. En fin, de todos modos aquí estamos mejor que en Israel, no nos obligan a aprender hebreo.

Tal vez para eludir el tema espinoso que asomaba él buscó refugio en el recuerdo de la amiga actriz.

—Por lo que me dijo, usted ya había renunciado a ser actriz. No frecuentaba el ambiente teatral pero conoce toda la carrera, qué digo, toda la vida de su amiga.

—Fue gracias a mis hijas, unas sinvergüenzas. Me internaron en un *home*, no le crea a la palabra, era un geriátrico de los Catskills. Consiguieron un certificado de un *shrink* y como el *home* lo pagaba mi seguro de salud, allí me metieron para quedarse con mi departamento y mi pensión... Un domingo Shifra fue a cantar y contar chistes en ídish... Había un show todos los domingos... Después se quedó a comer con nosotras... En algún momento le conté mi drama... *Oh Wei*... Ni un minuto más te quedás aquí, me dijo. Cuando vino el auto a buscarla me empujó adentro, yo iba con lo puesto, y en el hotel me presentó como su peluquera. Al volver a Nueva York me llevó a ver a su abogado, me puso en sus manos, pagó los gastos... Mis hijas, no tienen perdón, tuvieron que devolver todo y pagar lo que el abogado llamó daños morales... Qué me cuenta... Ellas que de moral no sé si sabían, solo de daños...

:Hizo una pausa antes de agregar, en un murmullo

—Una amiga como Shifra la voy a llevar siempre en el corazón...

Él sintió que la emoción la invadía y quiso corresponder con algo propio a sus confidencias, a esa entrega espontánea.

—Yo nunca estuve en Odessa. Por eso me interesa tanto. Mi madre nació

en Buenos Aires y solo oyó hablar de Odessa a su madre. A mi abuela materna no la conocí, murió cuando mi madre tenía trece años. Pero el nombre de Odessa aparecía con frecuencia en los recuerdos de mi madre. Parece que mi abuela quería sugerir cierta superioridad con la familia de su marido. Por lo menos es lo que suponía mi madre... «Tu abuela se cuidaba mucho en el vestir... Decía que en Odessa no iba a salir a la calle sin arreglarse un poco», «a tu abuela le gustaba la ópera... Era una mujer culta... Claro: era de Odessa».

—Su abuela habrá sido una mujer culta, si su madre lo decía, pero lo que me parece es que no debe haber sido una inmigrante pobre...

—Crecí con la imagen mental de una ciudad de cultura, de bienestar. Imagen mental, ¿entiende? No había en casa una sola fotografía donde pudiera espiar algo la ciudad. Confieso que soy supersticioso: mi exmujer también era nieta de gente de Odessa, y cuando se le declaró el cáncer decidió que era hora de ir a conocer la ciudad de la que tanto había oído contar. Fue, y allí murió. Bastó para que yo no quisiera ir.

—No es de judíos ser supersticioso. No creemos en santos ni en ofrendas.

—Con el tiempo dejó de interesarme. Cuando leí a Isaac Bábel descubrí otra Odessa, la de la Moldavanka, judíos que viven sin saber qué les espera al día siguiente, sin esperanza ni desesperación. Gánsteres judíos, también. Me hice amigo del personaje de Benya Krik, un bandido entrañable.

—No sé quién es ese escritor. Para gánsteres judíos no tiene por qué ir a buscarlos a Odessa. Este país está lleno y supongo que el suyo también.

—Ya ve. Yo no había oído hablar de esa actriz, su mejor amiga, y a usted no le dice nada el nombre de un escritor que admiro...

Bebieron el té en silencio.

—Así que su madre nunca le preparó latkes...

—No creo siquiera que supiera de qué se trata. Ya le dije que no le gustaba cocinar. A veces, para demostrar su mal humor dejaba preparada una fuente con sándwiches y se encerraba en el dormitorio dejándonos solos en el comedor a mi padre y a mí.

—¿Era bonita?

—Había sido muy linda. Con los años se le grabó en la cara un rictus de

amargura.

—A su juicio, ¿qué le habrá hecho la vida para amargarse de ese modo?

—No lo sé. Supongo que se habrá casado con ilusiones que no se realizaron. Habrá aspirado a una vida más interesante que la que mi padre le pudo ofrecer. Vaya uno a saber.

—Hay maridos sin ambiciones, una vez casados se contentan con seguir la rutina. De la esposa solo esperan resignación, que los escuche en silencio. Yo estuve casada dos veces, un marido peor que el otro. A veces me pregunto si mis hijas, esas delincuentes, no habrán salido al padre.

—Yo tuve miedo de salir a mi padre, que le aguantaba todo a mi madre, y me inventé un carácter fuerte que él no tenía. A mi madre le canté cuatro verdades apenas tuve edad como para que me escuchara.

—¿Está seguro de que eran verdades?

La mujer no esperó respuesta, lo dejó que digiriera la pregunta en silencio. Se puso de pie, tomó la fuente vacía y desapareció.

Ninguno de los dos hizo un esfuerzo por romper el silencio. Al rato llegó la voz de la mujer desde lo que él suponía la cocina.

—Me parece que ya es hora de beber algo más fuerte que el té. Tengo una botella de buen vodka.

Muy pronto reapareció con la botella y dos pequeños vasos, que llenó hasta el borde. Él miró a trasluz el líquido incoloro, respiró su perfume, bebió un sorbo.

—Agüita. —Se rio—. Yo no sé ruso pero algo aprendí en un bar de rusos, en Berlín, por ejemplo que vodka es el diminutivo de *voda*, agua.

—Lo que no aprendió es a beberlo. Usted lo saborea... Ni que fuese un licor. El vodka se bebe de un trago, para calentar las tripas. En Rusia, para emborracharse rápido. Para nublarse. Para soportar la realidad. Vamos, beba todo lo que quiera. Está incluido en los cincuenta dólares.

La noche había llegado insensiblemente, sin que él lo advirtiera. Había perdido la noción de las horas pasadas en ese consultorio donde una lámpara de pantalla color miel, encendida desde su llegada, seguía bañando en una luz

turbia la mesa, una botella vacía, paredes donde no lograba distinguir los rostros que, intuía, le sonreían desde unas fotografías enmarcadas, desteñidas.

Estaba sentado frente a una anciana callada. Él mismo hacía un buen rato que no hablaba. Vio un diván en un rincón del cuarto. Articulando con esfuerzo, pidió permiso en voz pastosa y se acostó. Un instante más tarde ella estaba de pie a su lado, lo cubría con una manta, entonaba algo parecido a una canción.

—*Schlaf gut, mein Kindelein.*

Para David Rieff

En el último trago nos vamos
Edgardo Cozarinsky

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada: Mimadeo - Istockphoto - Getty Images

© Edgardo Cozarinsky, 2017

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2019

ISBN: 978-84-9066-698-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NARRATIVA
LITERARIA



¡Síguenos en redes sociales!

